

# REVISTA EUROPEA.

Núm. 122

25 DE JUNIO DE 1876.

Año III.

## EL PORTUGAL CONTEMPORÁNEO.

### IV.

La revolucion de 1820 abre, como ántes he dicho, el período de las tentativas, de los esbozos, de las luchas, y, en una palabra, de las empresas para llegar á una constitucion definitiva del pueblo portugués, dentro de la ley del tiempo. Pero aquella revolucion en realidad sólo fué una protesta: la protesta del espíritu independiente lusitano contra la dominacion, contra la tiranía inglesa. Por este motivo, por aparecer la antigua realeza, y con ella casi todos los elementos políticos tradicionales de aquella sociedad, sériamente comprometidos en la responsabilidad del imperio que habian logrado los ingleses, gracias á la fuga de 1807 y al favor concedido en Rio-Janeiro á Beresford; por el carácter popular que el movimiento del 24 de Agosto de 1820 tenia que revestir, puesto que todos sus factores fueron sacados por el genio de la historia de las clases modestas é inferiores del país, ya que las superiores habian abandonado cobardemente la causa de la patria; y últimamente por la influencia de las ideas de la época, en un todo favorable al advenimiento y progreso de las democracias, como lo prueban las revoluciones de España, Grecia é Italia realizadas en aquellos mismos años; por todo esto la revolucion de 1820 pecó de vaga, contradictoria y exagerada, como lo son de ordinario todas las explosiones de un nuevo principio de vida social, violento en su exhibicion, pavoroso en sus apariencias, incierto, agitado y perturbador en sus primeros pasos, hasta encontrar el franco cauce que, ofreciéndole rumbo y seguridad á través de los intrincados bosques, por bajo de las colosales montañas, esquivando los obstáculos insuperables y afrontando las resistencias ya quebrantadas por los embates del tiempo, le permite correr tranquilo y vigoroso al gran centro de la accion civilizadora, al lugar de cita, de relacion y de unidad de las fuerzas directoras de las sociedades, despues de haber comunicado con su presencia y sus expansiones á todo cuanto en su marcha ha conocido, animacion, frescura, belleza y energia.

Por tanto, el esfuerzo de los hombres de 1820

fué grande, noble, vigoroso, pero tambien excedió la medida; sus resultados definitivos, sin duda fueron de inestimable valia, tanto que, sin los Silveira y los Sepúlveda (éste jefe del movimiento militar de Oporto, y aquél presidente de la junta suprema); los Rezende y los Freire (el uno promotor de la sublevacion de las tropas de Lisboa, y el otro presidente definitivo de la junta revolucionaria nacional), seguramente el régimen liberal en el vecino reino se hubiera retrasado lo indecible; pero no es ménos cierto que los efectos inmediatos de la revolucion del 20 pecaron y debieron pecar, por la naturaleza misma de las cosas y la lógica de la historia, de atropellados, confusos y pasajeros.

Los primeros dias de la revolucion se llenaron con los antagonismos de las dos juntas de Oporto y Lisboa, pretenciosa aquella por haber tomado la iniciativa del movimiento, y exigente ésta por residir en la capital de la monarquia. Siguieron luego el motin de Noviembre para expulsar de la junta á los miembros ménos avanzados y para obtener la proclamacion de la Constitucion española de 1812, cosa lograda por el momento, pero que ahondó las nacientes diferencias de los partidos revolucionarios. Más tarde vinieron las Córtes, que tardaron dos años mortales en hacer la nueva Constitucion, basada en la española, y por tanto de un sentido pronunciadamente democrático y con carácter exageradamente teórico, y con ella un número extraordinario de leyes especiales, pero todo en confusion y sin la menor prudencia.

A la inquietud que traen aparejadas todas las revoluciones; á la inexperiencia de sus hombres puestos sistemáticamente fuera de juego por los partidos reaccionarios; á los abusos é improvisaciones que entraña la politica de la fuerza, siquiera ésta se emplee para el triunfo definitivo de la libertad y del derecho; y, en fin, á la oposicion de las clases, ó mejor dicho, de los partidos conservadores, primero complacientes con la revolucion cuando esta aparecia triunfante y arrogante, enemigos despues cuando las divisiones de los revolucionarios, la debilidad del gobierno y la retórica y las especulaciones de las Córtes demostraron que el peligro habia pasado; á todo esto hubo que añadir en Portugal, para la ruina de la situacion de 1820, la hostilidad de los gabinetes europeos y el descrédito que sobre ella arrojó la emancipacion del Brasil.

Las cosas no ofrecian perspectiva halagüeña. Para

\* Véanse los números 114, 116 y 119, páginas 359 414 y 523.

que un nuevo sistema de gobierno dé sus resultados, se necesita tiempo; y tiempo es necesario para que se calmen las impacencias, los asombros, los temores y las inquietudes. El déficit de 1821 y 1822 pasó de siete millones de cruzados, y la deuda subió á 112 y medio; y este hecho, despues de todo facilísimo de explicar, servía para que los reaccionarios [pusiesen el grito en el cielo, y, *con la elocuencia de los números*, pregonaran la maldad de la situación, exagerando, para rebatirlo con mayor facilidad, el harto decantado apotegma de los innovadores y los revolucionarios de que sus reformas inmediatamente han de producir al país las mayores comodidades y prodigiosas economías.

Además este era el tiempo de aquella Santa Alianza de los reyes contra los pueblos, esta la época de la intervencion de Austria en Nápoles para restaurar el absolutismo y de la amenaza de una intervencion análoga, al fin efectuada, de Francia en España. De aquí el odio que á la mayor parte de los gabinetes europeos inspiraron la revolucion y la situación liberal portuguesa, al punto de llegar á una interrupcion formal de sus relaciones diplomáticas con Lisboa, y de tomar un vivo interes en el conflicto lusitano-brasileño como medio de hacer daño á los liberales portugueses.

La cuestion del Brasil fué conducida de la peor manera imaginable por las Córtes lusitanas. Llevados del espíritu unitario y hasta centralista de la raza latina al principio, vencidos luégo por los prejuicios y la soberbia del antiguo colonismo, los revolucionarios del 20 cerraron los ojos á todo lo que desde el 1808 había sucedido en el Brasil, y pensaron locamente en reducir á su antigua inferioridad, bien que bajo otra forma, á la vasta colonia elevada al nivel de la Metrópoli por el decreto de Juan VI de 16 de Diciembre de 1815. De esta suerte, las Córtes hicieron posible que en su nombre se hablase allende el Atlántico de *recolonización*; se desacreditaron renunciando á la integridad de sus principios democráticos, que negaban en el Brasil por fútiles motivos; y lo mismo que las Córtes españolas en un caso muy parecido—en la época de la insurreccion de los vireinatos de América—sirvieron á maravilla los intereses reaccionarios, secundaron las intrigas de los extranjeros y aceptaron la responsabilidad de la emancipacion del á poco nacido imperio brasileño. El clamoreo de los enemigos de la situación llegó á lo excepcional; y á las dificultades generales de la situación, á la preocupacion justísima de la política interior y de la amenaza de la Santa Alianza, se unieron los graves problemas coloniales, á cuya sombra los reaccionarios pudieron perfectamente maniobrar.

Por este camino la ruina de la revolucion era segura. Todo se conjuró en su daño: la falta de edu-

cacion del pueblo, inestable, impaciente y facilísimo de engañar; los intereses, perjudicados por las Córtes en decretos de positiva justicia; la inesperienza... y el entusiasmo de los legisladores; la caída del régimen liberal en Italia y en España; la influencia de los Gabinetes extranjeros; la pérdida de la primera y más preciada joya de la monarquía lusitana en el otoño de 1822. Todo se juntó y todo obró contra un orden de cosas cuyas primeras desventajas eran su recientísima aparicion en la historia y su oposicion acentuadísima á todos los intereses tradicionales.

Sin embargo, cualquiera que fuese la suerte de la Revolucion del 20, bastaría para figurar de un modo brillante y espléndido en la historia lusitana, por una parte, el haber hecho afirmaciones tan rotundas como bien inspiradas en el sentido general de la Edad contemporánea, que negaron de frente y en absoluto todo aquello que la tradicion había conservado con el carácter de indiscutible é inviolable; y de otro lado, el haber conseguido dar forma á sus ideas por medio de una Ley, de una Constitucion, que en lo sucesivo y por mucho tiempo vino á ser la bandera del partido avanzado portugues.

En los países latinos, donde la costumbre vale relativamente tan poco, donde la educacion se ha hecho sobre el texto de los libros sagrados del Catholicismo y la letra precisa del Derecho romano, donde el poder del sentimiento y la fuerza de la fantasia son tales, que hacen frecuentemente de la vida un alboroto, una aventura ó un delirio, es de todo punto preciso que los partidos y las situaciones, si quieren dejar algo tras sí y mantener su espíritu á través de los tiempos, determinen sus ideas y consagren sus intereses en fórmulas claras y positivas, en verdaderas *Tablas de la Ley*, cuya invocacion sea fácil en los momentos críticos, y cuyos preceptos dispensen, en la hora de la accion, de discusiones interminables de carácter puramente especulativo. En este concepto, los hombres de 1820 hicieron un señalado beneficio al partido avanzado de Portugal, por mas de que la *Carta* de aquella época evidentemente estuviera muy por cima de la inteligencia de los unos y de las necesidades del pueblo para quien entónces se promulgó.

Fuera de esto, las medidas de las Córtes revolucionarias entrañaban ó un sentido de justicia imposible de negar, ó una pureza de intencion que en vano intentara rebajar la pasion de partido. Ellas abolieron la Inquisicion y la inmunidad real de los eclesiásticos; ellas derogaron las prestaciones que venían exigiendo de la clase popular las clases privilegiadas, las corbeas y la capitacion que pagaban los campesinos, y su espíritu de noble independencia llegó hasta poner mano en los tratados de comercio celebrados con Inglaterra en 1810, subiendo

á 30 por 100 los derechos que habían de pagar los paños ingleses, beneficiados ántes con la rebaja de un 15 que les daba el monopolio del mercado lusitano. Ellas afirmaron valientemente el dogma de la soberanía de los pueblos con la Cámara única y el veto suspensivo del Monarca, y protestaron con toda energía contra las declaraciones absolutistas de Troppau y de Laybac; y en su deseo de *regenerar* al país, como aquellos revolucionarios decían, de hacer su verdadera renovacion moral y política, se aprestaron á hacer reformas como la abolicion del celibato de los clérigos, la rebaja de los derechos de estola y pié de altar y la reduccion de los días de fiesta. Pero la bondad misma de algunas de estas reformas y el alcance de todas, eran otros tantos motivos para que la obra de 1820 se malograra.

Con la vuelta del rey D. Juan del Brasil (acaecida en el mes de Julio de 1821) nacen las esperanzas de los reaccionarios, que cuentan para sus fines—además del sentido natural de la institucion monárquico-absoluta, inconciliable con todo lo que las Cortes hacían, y á que el Rey se resignaba temeroso de la reproduccion de las escenas francesas del 93—con la voluntad decidida de la reina doña Carlota (que se negó francamente á jurar la Constitucion, y por ello fué desterrada al castillo de Ramalhão y privada de sus honores) y del infante D. Miguel (hijo segundo del Rey); de tal suerte, que en todas las conspiraciones realistas de 1823, y particularmente en la fracasada intentona del conde de Amarante, levantado en armas á fines de Febrero de aquel año para «poner al Rey en libertad y devolver al pueblo su felicidad con sus antiguas leyes,» en todas la voz pública asignaba una cierta participacion al Palacio de Belem. El 27 de Mayo de 1823 no pudo ya haber la menor duda. El pequeño cuerpo de ejército acampado en la frontera española para vigilar al emigrado conde de Amarante, se rebela contra las Cortes y la *Constitucion*; D. Miguel corre á ponerse al frente del movimiento; viene el Príncipe triunfante, mejor dicho, sin la menor resistencia, á Lisboa; las Cortes son disueltas; quémase la Constitucion y es demolido el monumento levantado á la nueva idea en la plaza de Roni. El conde de Amarante es marqués de Chaves; D. Miguel generalísimo y rehabilitado, y felicitada calurosamente la Reina. Lluven los reconocimientos y cumplidos de las cortes extranjeras, y la reaccion omnipotente se lanza á toda especie de desafueros y violencias. Los antiguos diputados y los funcionarios de 1820 son perseguidos, son maltratados con verdadero encarnizamiento. El duque de Loulé, que al parecer era hostil á estos excesos, y que gozaba de la intimidad del Rey, es asesinado públicamente. Y no satisfechos con esto los demagogos *blancos* (que la reaccion constantemente ha sido

mucho más rencorosa y más cruel é infinitamente más insaciable que la revolucion más violenta y desacreditada), fraguan en Mayo de 1824 una conspiracion, so pretexto de que los masones trataban de asesinar al Rey, y poniendo á la cabeza de los amotinados al infante D. Miguel, amedrentan al cobarde Juan VI y le fuerzan á suscribir á sus infames deseos, cuyo éxito hubiera sido seguro á no refugiarse el Rey en un navío inglés, solicitando el apoyo del cuerpo diplomático, que se lo concedió é hizo de modo que su autoridad fuera reconocida y depuestos y desterrados el Príncipe insurrecto, la Reina y el arzobispo de Lisboa. De esta suerte triunfó un cierto sentido conservador que, opuesto á la Revolucion de 1820, sin embargo no se mostraba propicio al mantenimiento del antiguo absolutismo, tanto, que el rey D. Juan insistió en su promesa de una Constitucion, que había anunciado despues de la victoria de 1823, y contra la que se alzaron los reaccionarios intransigentes; y decretó la convocatoria de las Cortes de la antigua monarquía, olvidadas desde mediados del siglo anterior; y, por último, puso enérgicamente término á las persecuciones de liberales y antiguos revolucionarios.

Pero la promesa del Rey no pasó de promesa, y la reunion de Cortes se prorogó indefinidamente, bien porque así fuera la voluntad régia, en el supuesto, muy cómodo y muy frecuente en la historia de los gobiernos de *concesiones*, de que los pueblos se hallaban hartos de libertades y política despues de 1822, y satisfechos con el aire paternal de la nueva administracion, que había vuelto á restaurar todos los abusos pasados, pero sin derramamiento de sangre, ni aparato, ni estrépito; bien porque las agitaciones ultra-reaccionarias y el complot abortado de Octubre de 1824 para elevar al trono á don Miguel contuviesen los impulsos de D. Juan; bien porque la muerte de éste, acaecida el 7 de Marzo de 1826, le sorprendiera cuando pensara proceder al honrado cumplimiento de su palabra.

La muerte de D. Juan franqueó el solio portugues á su hijo segundo D. Pedro, convertido en heredero presunto de la Corona lusitana por fallecimiento de su hermano D. Antonio, y el cual á la sazón se hallaba de Regente en el Brasil, de donde fué llamado por su hermana la infanta doña Isabel María, hecha cargo de la Regencia de Portugal por disposicion de su padre.

El carácter y la significacion política de D. Pedro ha sido objeto de las más encontradas apreciaciones. Pintanle los unos como un ambicioso para quien la misma autoridad de su padre nunca fué un obstáculo; otros como hombre de grandes pasiones débilmente contenidas por la educacion que debió al P. Antonio de Arribada y á Juan de Rademack, sus

principales institutores. Celebran éstos la vivacidad y resolución de su espíritu; aquellos su afición á los rudos y peligrosos ejercicios de la caza; y no faltan los que censuran la escasez de su instrucción. Ven algunos en él al campeón de la libertad y al feliz obrero de las ideas de su siglo; otros anotan sus contradicciones y violencias, y ponen por causa de todos sus actos su desmedido amor al poder, ó, mejor dicho, á la dominación. Pero sea de esto lo que fuere, lo que indudablemente nadie podrá negar es que D. Pedro fué un hombre político de excepcional altura, y que su reinado hace raya en la historia lusitana, como los de Juan de Avis, Juan III de Braganza y José I, el Filósofo. Más aún: él y Pombal puede decirse que son la Revolución portuguesa.

Su elevado espíritu comprendió perfectamente la imposibilidad de mantener la unión de Portugal y el Brasil, después de haber residido por espacio de nueve años la corte en Rio-Janeiro, luego de promulgado el decreto de Diciembre de 1815, que levantó á la categoría de reino á la antigua colonia, dando á la vieja monarquía lusitana, con la aprobación del Congreso de Viena, el nombre de Reino Unido de Portugal, los Algarves y el Brasil; y una vez modificada toda la organización administrativa y económica de esta última comarca, de modo que á la acción lenta y por lo común desgraciada ó insuficiente de la lejana metrópoli se sustituyeran la competencia de las localidades para ocurrir á sus necesidades exclusivas y la acción de los poderes establecidos en Rio-Janeiro, esto es, en el mismo continente americano, para aquellos casos cuya generalidad ó cuya importancia exigían una atención superior. En la situación que las cosas tenían en 1820, llamado el Rey D. Juan á Lisboa, acariciada por los portugueses la idea de reducir la importancia del Brasil, y puesta en boga por la malicia, la perfidia ó el recelo la palabra *recolonización*, no sólo la casa de Braganza hubiera perdido el trono de allende el Atlántico, si que hubieran naufragado todos los intereses que Portugal tenía en aquel remoto país, á no decidirse D. Pedro por la causa de los brasileños, forzando á su padre para que regresara á Europa en Mayo del 21, aceptando él mismo el puesto de Regente y ciñéndose al fin, de acuerdo ó no con D. Juan (que esto no se halla averiguado), la corona de Emperador el 12 de Octubre de 1822.

De la propia suerte, en 1826, D. Pedro dominó la situación en Portugal, salvando, ó por lo menos adoptando los medios únicos para salvar en Europa los intereses de su casa, el porvenir de la monarquía lusitana, y con todo esto la causa de la libertad y de la civilización. Bajo esta idea, el Emperador brasileño comenzó por confirmar en la regencia á doña Isabel María; concedió casi en el mismo momento una amplia y general amnistía á todos los

portugueses; dió á sus súbditos una Carta constitucional, que debían jurar inmediatamente los tres órdenes del Estado; mandó convocar Cortes, y, por último, el 2 de Mayo abdicó todos sus derechos á la corona de Portugal en su hija doña María de la Gloria, á condición de que ésta no saliera del Brasil hasta después de jurada en Europa la Constitución y de celebrado el matrimonio de la misma con el infante D. Miguel. Todo esto se acordó y promulgó en una semana.

Apénas es necesario explicar el alcance de los decretos de D. Pedro. Renunciando la corona lusitana, la conservaba para su hija, y con ella para su casa; y haciendo la boda de doña María con el inquieto y ambicioso D. Miguel, aseguraba á aquella el apoyo del viejo partido realista, al parecer escarmentado y quebrantadísimo, y por lo menos fuera del poder desde el fracaso de 1824.—Por otra parte, la Constitución habría de proporcionar á su familia las simpatías del partido liberal, vencido, atropellado y escarnecido desde 1823, al par que la buena voluntad de Inglaterra, que por este tiempo ya se mostraba resistente al espíritu de la Santa Alianza, y venía desde fines del año 24 aconsejando al rey don Juan la promulgación de una *Carta*. Además, como que ésta era dada por él, esto es, *otorgada*, quedaban vencidas todas las dificultades que hubieran podido oponer los doctores de Laybach y las potencias absolutistas intransigentes en punto á reconocer el derecho de los pueblos á darse la Constitución que estimaran justa y conveniente.

Todos los extremos, pues, se hallaban previstos; todos los obstáculos allanados. Inmediatamente los reaccionarios opusieron alguna pequeña resistencia en varias localidades, esperando sin fruto el apoyo de la España de Fernando VII; en cambio los liberales aclamaron con entusiasmo los decretos. La Carta fué jurada el 31 de Junio, y el 30 de Octubre se abrieron las Cortes. Poco antes, el 29, se habían celebrado en Viena los esponsales de Doña María de la Gloria y D. Miguel, jurando éste la Constitución y colocándose en actitud para ser nombrado por don Pedro, en vista de la enfermedad de la infanta Isabel—que con tanta entereza había llevado á cumplido efecto los decretos de su hermano y sostenido la causa de la reforma contra las intrigas de Palacio, la resistencia de parte de sus consejeros, la insurrección del marqués de Chaves y la influencia del Gabinete de Madrid—Regente del Reino, durante la minoría de su esposa y futura mujer.

La Regencia obvió todos los inconvenientes que podían oponerse á D. Miguel para llegar al logro de sus criminales deseos; y una vez en el poder el infante rebelde, los ultras tuvieron seguro el éxito.

Después de proclamada la Carta, habían estos reanudado la serie de conspiraciones, motines y le-

vantamientos de tropas más ó menos regulares, demostrando una vez más que, en esto de apelar á la fuerza, utilizar el abominado derecho de insurrección y atentar á la disciplina del ejército, los absolutistas se han distinguido muy particularmente, ora como en España, hácia 1814, inaugurando la era de las rebeliones militares, ora como en Portugal, abusando del procedimiento con una despreocupación y una frecuencia comparables sólo á la fresca con que una vez conseguido el propósito se oye á aquellos *hombres de orden* tronar contra los procedimientos revolucionarios. Así, mientras D. Miguel juraba en Viena, levantábase el marqués de Chaves en Tras-os-montes, y el comandante militar de Villa Real de los Algarbes daba con un regimiento el grito de «Gobierno provisional y Regencia de D. Miguel», y, en fin, la insurrección, después de muchos fracasos, lograba presentar sobre 10.000 infantes y 1.500 caballos en 1826, motivando la demanda de auxilio hecha por la Regente á Inglaterra, que envió á Portugal 6.000 hombres con el general Clinton, con cuyos recursos los insurrectos fueron batidos y obligados á buscar el benévolo refugio de la frontera española.

Pues bien: en estos momentos D. Miguel se hace cargo de la Regencia. Quince días después, el 14 de Marzo de 1828, apenas embarcadas las tropas auxiliares inglesas de regreso á su país, eran disueltas las Cortes. El 25 de Abril el municipio de Lisboa se atrevía á proclamar Rey al Regente; el 3 de Mayo eran convocados los antiguos brazos del Reino, prescindiendo de la nueva Constitución; y el 4.º de Junio D. Miguel era aclamado por las Cortes antiguas Rey de Portugal, los Algarbes y sus dominios.

La *Carta* de D. Pedro, que lleva la fecha de 29 de Abril de 1826 en Rio-Janeiro, se componía de 143 artículos, divididos en ocho títulos, cuyos títulos eran los siguientes: «Del reino de Portugal, su territorio, gobierno, dinastía y religión.—De los ciudadanos portugueses.—De los poderes y de la representación nacional.—Del poder legislativo.—Del Rey.—Del poder judicial.—De la administración y gobierno de las provincias.—De las disposiciones generales y garantías de los derechos civiles y políticos de los ciudadanos portugueses.»

Por el art. 1.º se declaraba que «el reino de Portugal es la asociación política de todos los ciudadanos portugueses, los cuales forman una nación *libre é independiente*.» El 6.º afirmaban que la religión católica continuaría siendo la religión del reino, pero que á los extranjeros les serían permitidas las suyas, así como su culto doméstico ó particular en casas destinadas á este fin, pero sin forma alguna exterior de templo. Los poderes reconocidos por la Carta eran cuatro: legislativo, moderador, ejecutivo y judicial. La Representación de la nación portu-

guesa estaba (según el art. 12) en el Rey y las Cortes generales. A éstas, con la sanción real, correspondía el poder legislativo, y se habían de componer de dos Cámaras, la una de elección popular indirecta, con arreglo á un censo de 100.000 reis de renta líquida anual, y la otra de Pares vitalicios y hereditarios nombrados por el Rey. Era privativo de la Cámara de los Diputados la iniciativa sobre contribuciones y sobre reemplazo del ejército; y de la de los Pares el conocer de los derechos de la familia real, ministros, diputados, conocer de la responsabilidad de los secretarios y consejeros de Estado y convocar Cortes en la muerte del Rey para elección de la Regencia.—«El poder moderador—dice el art. 71—es la clave de toda la organización política, y compete privativamente al Rey, como jefe supremo de la nación, para que vele sin cesar sobre el mantenimiento, equilibrio y armonía de los demás poderes políticos.» Por tanto el Rey nombra los Pares y los ministros, convoca Cortes extraordinarias y disuelve la Cámara popular; concede indultos, sanciona las leyes, suspende magistrados, etc. Y como jefe del poder ejecutivo, que ejerce por medio de sus ministros, propone los empleos, dirige las relaciones diplomáticas, declara la guerra, convoca Cortes ordinarias, etc., etc. El Rey, antes de ser proclamado, necesitaba jurar la religión y la Carta. La monarquía había de ser hereditaria en el orden regular de primogenitura y representación, prefiriendo siempre la línea anterior á las posteriores; en la misma línea, el grado más próximo al más remoto; en el mismo grado, el sexo masculino al femenino; y en el mismo sexo, la persona de más edad á la de menos.—Los ministros eran responsables, sin que les excusase la orden del Rey, verbal ó escrita.—Había un Consejo de Estado compuesto de consejeros vitalicios nombrados por el Rey.—El servicio de las armas era obligatorio para todos los portugueses.—El poder judicial, independiente y compuesto de jueces y jurados, así en lo criminal como en lo civil. Los jueces habían de ser perpetuos, y había de existir un Tribunal Supremo encargado de conceder ó negar revistas en las causas, según la ley determinase, juzgar de los delitos y faltas de los jueces y el cuerpo diplomático, y conocer y decidir sobre dudas de jurisdicción y competencias entre las Audiencias provinciales. En las causas criminales los interrogatorios de los testigos y demás actos del proceso posteriores al sumario habían de ser públicos.—El gobierno económico y municipal de las ciudades y villas correspondería á sus ayuntamientos de elección popular.—«Todas las contribuciones directas, á excepción de las destinadas á los intereses y amortización de la Deuda pública, se establecerían anualmente por las Cortes generales; pero habrían de continuar hasta que se

publicase su derogación ó se les sustituyesen otras. —La Constitución es reformable á los cuatro años de jurada. «Las Córtes, al principio de sus sesiones, deberán examinar si había observado exactamente la Constitución política del Reino, para determinar lo que fuera justo.» La Constitución garantiza la libertad, la seguridad individual y la propiedad de los portugueses, y solamente era constitucional lo referente á los límites y atribuciones respectivos de los poderes políticos y á los derechos políticos é individuales de los ciudadanos. Todo lo que no era constitucional, podían alterarlo las legislaturas ordinarias, sin formalidades especiales. Las relativas á la enmienda de la Constitución, eran la prevención á los electores para que confiriesen á sus diputados poderes especiales en la próxima convocatoria de Córtes, que luégo de resuelta la cuestión de enmienda continuarían como ordinarias.—Segun la Carta, no se podía obligar á un ciudadano á hacer cosa alguna ó dejar de hacerla, sino en virtud de la ley. Esta nunca tendría efecto retroactivo. Todos podrían comunicar sus pensamientos de palabra y por escrito, sin dependencia de censura. Nadie podría ser perseguido por motivos de religion. La casa del ciudadano es inviolable, y de noche sólo podría entrarse en ella, sin su consentimiento, en caso de reclamación hecha desde dentro, ó de incendio ó inundación. Nadie podría ser preso sin causa formada, y á las veinticuatro horas de detenido el preso, el juez habría de hacer constar al reo el motivo de su prisión y los nombres de los acusadores. Quedaba garantida la libre locomoción. A excepción del delito *infraganti*, no se podía ejecutar la prisión sino en virtud de orden escrita de la autoridad legítima. Nadie sería sentenciado sino por autoridad competente y en virtud de ley anterior y en la forma prescrita por ella. La ley será igual para todos. Quedaban abolidos el tormento, los azotes, la confiscación y la infamia. Quedaban abolidos todos los privilegios que no estuviesen esencial y enteramente ligados á los cargos por utilidad pública. No sería posible la expropiación sin previo expediente é indemnización. La correspondencia sería inviolable y libre el trabajo. Todo ciudadano tendría el derecho de petición y queja. La Constitución garantizaba los socorros públicos, la instrucción primaria gratuita y universal, la nobleza hereditaria y sus regalías, y los colegios y universidades donde se enseñasen los elementos de las ciencias, bellas letras y artes.—Por último, «sólo en los casos de rebelión ó insurrección de enemigos, si la seguridad del Estado exigiese que se dispensaran por tiempo determinado algunas de las formalidades que aseguran la libertad individual, se podría hacer así por un acto *especial* del poder legislativo.»

Tales eran los preceptos de aquella Constitución, contra la que los reaccionarios portugueses se alzaron en 1828, y que después tomó por bandera el partido conservador lusitano, frente al avanzado que proclamaba la de 1820.

Sin embargo, como se ha dicho, la conducta de D. Miguel casi no permitió que este Código político surtiese su efecto; en cambio, afirmó todo un orden de cosas basado en el perjurio, la crueldad, el atropello y el olvido de todos los principios y todas las prácticas de los pueblos civilizados.

Porque la maldad de la reacción miguelista dejó atrás á todo cuanto en el género se había conocido en Europa, aún á lo que aconteció en nuestra España é hizo Fernando VII. Personas, cosas, instituciones, procedimientos, deseos... todo es abominable en aquel periodo de seis años de tortura, de vergüenza, de infamia. D. Miguel, hombre de brutales apetitos, de temperamento ardentísimo, de ninguna cultura, criado en la vida salvaje de los bosques brasileños, y educado por su madre en el odio á toda limitación del poder y en el desprecio de toda regla moral, ofrécese desde el momento en que se exhibe ante la historia acariciando todo género de ambiciosos proyectos, hipócrita y pérfido, dotado de cierta audacia, cruel y rencoroso, instrumento de doña Carlota contra su mismo padre Juan VI, y esperanza y orgullo del ultramontanismo portugués. Es frecuente, es lo ordinario, que los escritores y políticos reaccionarios se complazcan en pintar con las más sombrías tintas los retratos de aquellos hombres que en el curso de los tiempos han representado las nuevas ideas, bien como apóstoles, bien como revolucionarios, bien como hombres de gobierno. Estos son siempre tipos de ambición y osadía; nacidos de todas las concupiscencias, educados en el seno de aquellas negras y horripilantes logias donde se bebía sangre humana en el cráneo de una de las infinitas víctimas del fanatismo demagógico. Otras veces eran bandidos que, en vez de la encrucijada y el camino real, tomaban para teatro de sus fechorías la plaza pública, los estrados de los tribunales, los palacios de los reyes, los Congresos, los palenques de la vida política. Y por de contado, la representación de estas gentes no pasaba de la de unos miserables, sin hogar, sin familia, sin propiedad, dispuestos á todo, bajo el imperio del estómago, hombres pequeños, sin valor ni pensamiento, capaces de jurar todas las causas y por todos los dioses... ¡Bravos retratos! ¡Soberbios personajes, á quienes la historia llama Danton, Stein, Washington, Mazzini, Cavour, Mendizábal!...

Pero, en cambio, ¡qué piadosa indulgencia, qué longanimidad tan cristiana para todos aquellos héroes del oscurantismo, de la intolerancia, de la reacción política ó religiosa! Y sin embargo, nada es compa-

nable en negrura, en perfidia, en crueldad á la mayor parte, á la generalidad de los hombres célebres en la historia del absolutismo y la tiranía, sobre todo en la historia de la intransigencia religiosa, de las luchas horribles y las persecuciones espantosas sostenidas por los verdugos del pensamiento humano en nombre y para mayor gloria de Dios!

Ahi está D. Miguel de Braganza. Hijo segundo de Juan VI, no halla obstáculo en capitanear la especie de rebelion que en Abril de 1824 confinó al Rey en el palacio de Amposta, hasta que, merced al apoyo del cuerpo diplomático, pudo refugiarse en el *Windsor Castle*, recobrando su atropellada autoridad; en ser el elegido por los conspiradores de Octubre del mismo año para sustituir á su padre, cuya abdicacion querian aquellos forzar; en erigirse en legitimo heredero del trono portugues, so pretexto de que su hermano mayor D. Pedro lo habia renunciado por el mero hecho de aceptar la corona brasileña, afirmacion de todo punto gratuita; y, finalmente, en sacrificar de un modo incalificable los intereses de su sobrina doña Maria de la Gloria, con quien habia contraido esponsales y en cuyo nombre se habia hecho cargo de la Regencia, que utilizó tan sólo para usurparle el trono, en el tiempo mismo que aquella empleaba para hacer el viaje desde Rio-Janeiro á Portugal. Hé ahí un edificante cuadro de familia.

De otra parte, D. Miguel, cómplice de las intrigas reaccionarias y maquinaciones ultramontanas de su madre, entre cuyas virtudes no se contaban ciertamente ni la modestia, ni la templanza, ni la honestidad, la abandona en 1822 cuando ésta se niega á reconocer aquella Constitucion democrática que el pérfido infante jura con toda solemnidad en Octubre, añadiendo á la fórmula de rigor frases como las siguientes: «Y juro con el mayor placer y con todo mi corazon,» lo cual no obsta para que siete meses despues el piadoso principe se alce al grito de «¡Viva el rey absoluto y abajo la Constitucion!» Y de igual manera, muerto el rey Juan, y sabedor por la regente doña Isabel de las disposiciones testamentarias de aquél, no halla el menor óbice en declarar desde Viena «que nada más deseaba que el cumplimiento de la última voluntad del rey difunto, que se habia dignado proveer tan discretamente al bien público, hasta que *su legitimo heredero el emperador del Brasil* hubiese tomado la resolucion que su alto juicio le dictara;» todo lo que, lo mismo que el juramento que en Octubre de 1826 (esto es, cuando ya se habian alzado los miguelistas de los Algarbes y Tras-os-montes) presta de respeto y adhesion á la Carta de D. Pedro, y el nuevo que hace ante el patriarca arzobispo de Lisboa, en Enero de 1828, de obedecer y mantener como Regente del Reino los decretos del Emperador y las leyes de las

Córtes reunidas á la sazón; todo no sirve para hacerle dudar un momento, ántes de que trascurriese medio año, en disolver las Cámaras, convocar los antiguos Estados ó brazos de la monarquía tradicional, abolir la Carta, proclamarse rey legitimo, perseguir á los constitucionales que se resisten en Oporto, y lanzarse por el camino de las atrocidades y venganzas que esmaltaron los once últimos años del reinado de nuestro Fernando VII. Hé ahí una fortificante enseñanza de rectitud, nobleza y piedad.

Despues de la rota de los constitucionales en Junio de 1828, la reaccion miguelista imperó á despecho de la protesta del cuerpo diplomático extranjero, del descontento producido por la agravacion de los impuestos y el creciente malestar de la Hacienda, y del arribo de la reina doña Maria á Gibraltar, de donde se trasladó á Inglaterra. D. Miguel, en brazos del ultramontanismo, seguro de la simpatía del monarca español, y apelando como medio de gobierno al terror, pudo creerse invencible frente á los constitucionales, condenados por decretos aún más sanguinarios y feroces que los del tan denunciado paroxismo revolucionario de 1793, á horca vil, «debiendo ser sus cabezas cortadas y expuestas en picas hasta que el tiempo las consumiera, y sus cuerpos quemados, y sus cenizas esparcidas ó arrojadas al mar,» amén de la confiscacion de bienes, etc., etc., como prevenian los célebres decretos de 21 de Agosto de 1829 contra los Palmella, Villafior, Saldanha, Sampayo, Pinto, Pizarro, Barrato Feio, Barredo Praca y tantos otros devotos del derecho y la legalidad.

Sin embargo, en el terrible naufragio de 1826 sobrenadó una tabla que de salvacion sirvió para la causa constitucional. Las Azores resistieron la usurpacion miguelista, y aún despues de reducida la isla de Madera, quedó viva é incontrastable la protesta de Terceira, donde jamás fué reconocido D. Miguel. En ella pusieron los ojos los constitucionales refugiados en Inglaterra, y el mismo D. Pedro que, abdicando la corona del Brasil, vino á Europa á reconquistar la de Portugal para su hija, y organizó la resistencia en 1831, constituyendo un ministerio y aperciendo para el combate un cuerpo de 7.000 hombres y una escuadra de 22 barcos de todas condiciones y 65 de transporte. Desde 1832 á 1834 duró la lucha de constitucionales y miguelistas, aquellos dueños de Oporto, y éstos del resto de Portugal; mas al fin, la intervencion de la cuádruple Alianza, formada poco ántes para combatir la causa de don Carlos en España y de D. Miguel en el reino hermano, puso término á aquella lucha por el tratado de Evora, que aseguró á D. Miguel una pension de millon y medio de reales al año, fuera de Portugal, y el trono de éste á la princesa doña Maria de la Gloria. Quizá por sí solos los constitucionales no hu-

bieran podido dar al traste con aquel infame régimen, que en ménos de ocho años había sepultado en los calabozos á más de 26.000 personas, deportado á Angola y Cabo-Verde á 16.000, desterrado á 13.000 y hecho morir en el patibulo á 14.700. Pero las circunstancias exteriores, que siempre han pesado decisivamente en la suerte del vecino reino, á pesar de sus esfuerzos y aspiraciones, habían cambiado. La Inglaterra de 1834 no era la Inglaterra de Castlereagh y de Eldon, que con singular mansedumbre había dejado obrar á la Santa Alianza. La política iniciada por Canning, en oposicion á la prepotencia de los gabinetes absolutistas, y que precisamente se había planteado con motivo de las cuestiones portuguesas, había adquirido un vigoroso desarrollo durante la guerra de la Independencia griega, y bien que contradicha en el período de 1828 á 1830 bajo la administracion Aberdeen-Wellington, durante la usurpacion de D. Miguel de Braganza, al cabo se impone de una manera tan definitiva como favorable á la causa de la libertad continental en 1830 con el advenimiento al poder de los whigs, reforzados por los amigos de Canning, de cuya combinada accion resultaron la reforma electoral, la emancipacion de los católicos, la abolicion del *Corporation Act* y el *Test Act*, la generalizacion del *self-government* municipal y la abolicion definitiva de la esclavitud. En Francia, en tanto, había corrido la que el ilustre Gervinus apellida la *gran semana de Junio*, esto es, la revolucion de 1830 y la exaltacion al trono de la casa de Orleans sobre las ruinas de la política de Villele y Polignac; y en España había tenido efecto la muerte del rey Fernando, el movimiento de la Granja, la promulgacion del Estatuto Real y la inauguracion de la guerra de los siete años. Es decir, que todas las influencias que desde principios del siglo venían pesando sobre Portugal, todas habían cambiado en sentido y en alcance.

D. Pedro, al levantar la bandera de la legalidad en las Azores, se halló en una situacion crítica. Todos aquellos elementos tradicionales que había pretendido atraer y conciliar con el espíritu de los nuevos tiempos al otorgar la Carta de 1826 y disponer el enlace de su hermano con su hija, todos se hallaban al lado del usurpador. De parte de doña María de la Gloria estaban sólo algunos leales amigos de su padre, pero principalmente los hombres de 1820. Además, resucitadas por D. Miguel las antiguas fórmulas de la monarquía secular, la causa de doña María revestía, por la lógica de los acontecimientos, un sentido acentuadamente revolucionario, al punto de que su mayor fuerza dependía de su referencia á la soberanía nacional. De aquí las gravísimas, las trascendentales reformas decretadas en la isla de Terceira por los primeros ministros de aquella extraña restauracion: por Palmella, Freire,

y sobre todo José Mousinho da Silveira, el hombre más ilustre que Portugal ha tenido en todo lo que va de siglo, y cuyo espíritu energicamente liberal y profundamente democrático es sólo comparable á su gran inteligencia y su peregrina cuanto sincera modestia. Las leyes de 16 de Mayo, 30 de Julio y 13 de Agosto de 1832 entrañan toda la revolucion portuguesa, y prueban que los hombres del nuevo régimen habían aprovechado felicisimamente las tristes enseñanzas de 1823 y 1826, no limitándose á promulgar la Carta, dejando intacta la organizacion interior del país y en pié la mayor parte de los elementos de la política tradicionalista. La reforma del derecho procesal sobre la base del jurado, la organizacion de la administracion financiera, la creación del Tribunal Supremo de Justicia, la separacion de las funciones administrativas de las judiciales, la abolicion del diezmo, de los foros reales y de las sisas fueron su obra, completada en 1833 35 y 36 con el Código de Comercio, la ley de desamortizacion y el Código administrativo. Nada más político, nada más práctico, nada más lógico que los decretos de Mousinho dados en la isla de Terceira, con el propósito de que fuesen sólo cumplidos una vez triunfante doña María; y con la mira de excitar el interes y el entusiasmo del país agonizante á los piés de D. Miguel. Y sin embargo, los prudentes—ó mejor dicho, los que se dan por tales—ya trataron de oponerse al sentido del preclaro ministro, y hubieran logrado el fracaso del empeño revolucionario á no prestarle todo su apoyo el perspicaz D. Pedro, á quien no podía ocultársele que no eran aquellos momentos de tregua, ni su grande empresa podía utilizar medios de escasa fuerza y mermada trascendencia. En todo caso, los elementos tradicionales no podían quejarse. La conciliacion ofrecida por D. Pedro en 1826; y que los liberales aceptaron de buen grado á pesar de las violencias de 1823 y 1824, fué rechazada abiertamente por los primeros que iniciaron la insensata política del *todo ó nada*.

Y sin embargo, una vez vencido D. Miguel y restaurada doña María, brota la oposicion al sentido de Mousinho, y se forma un partido con casi todos los amigos personales de D. Pedro y los elementos ménos acentuados del orden de cosas, vencido en Evora-Monte, cuyo principal apoyo es la corte y la misma Doña María, proclamada reina á la muerte de su glorioso padre, acaecida, para desgracia del partido liberal portugues, el 24 de Setiembre de 1834, tres meses despues de embarcado D. Miguel en Sines para Génova, y cuando acababa de abrir las nuevas Cortes.

La falta de D. Pedro por una parte, el progreso de las ideas democráticas en Europa por otra, y muy singularmente la actitud de la corte, tan pro-



picia (como lo fué la de Madrid despues de la guerra civil) para sus antiguos enemigos, convertidos en entusiastas servidores cuando su causa ya estaba perdida, llevaron á los elementos más liberales de la nueva situación á extremar su actitud, levantando como bandera la Constitución del 20 y el dogma de la soberanía nacional, frente á la Carta de D. Pedro, cuyo origen, que no sus preceptos, le daba un carácter incompatible con las exigencias de la naciente democracia.

Y una vez afirmadas estas dos aspiraciones, y creados estos dos partidos, comenzaron las intrigas, las conspiraciones y las intentonas. De todo ello fueron resultado el movimiento de Setiembre de 1836, que llevó al poder á los liberales (desde entónces conocidos con el nombre de *Setembristas*) é impuso la Constitución de 1820, que habían de reformar (como efectivamente reformaron en 1838) las Cortes Constituyentes, de modo que se concertara con la de 1826; el estéril alzamiento del baron de Leira y de los generales Saldanha y Terceira en 1837 en favor de la Carta de D. Pedro (y de aquí el nombre de *Cartistas* que tuvieron por mucho tiempo los conservadores); la insurrección de Oporto, en sentido cartista, bajo la dirección de Costa Cabral, que se había servido del Ministerio para preparar el triunfo de su causa, vencedora en Febrero de 1842; la insurrección del Minho en 1846 en sentido setembrista, sofocada merced á la intervención de fuerzas españolas al mando del marqués del Duero, y de barcos ingleses á las órdenes de Sir Thomas Maitland; y, por último, el movimiento de 1851 dirigido por el general Saldanha, con el apoyo de todas las oposiciones más ó menos liberales del país, y que, triunfante, produjo la reforma constitucional de 5 de Julio de 1852.

RAFAEL M. DE LABRA.

## VIAJES Y DESCUBRIMIENTOS

EFFECTUADOS EN LA EDAD MEDIA, EN SU RELACION  
CON LOS PROGRESOS DE LA GEOGRAFÍA Y  
DE LA HISTORIA.

### VI.

El pequeño reino de Portugal desarrolló su historia durante la Edad Media al modo que Castellanos y Aragoneses, en lucha perpetua con los Musulmanes que iba expulsando á tierras de Andalucía ó al continente vecino. Cuando dió fin la Reconquista, aislado del Mediterráneo, sin más campo á

su actividad que el África y el Océano Atlántico, con reyes afanosos en crearle poderosa marina y en hacer de la navegación y del comercio base principal de su futuro engrandecimiento, no pudo ménos de seguir la pendiente general de los tiempos y pensar en tierras desconocidas y nuevos caminos para Levante. El rey D. Juan, primero de su nombre y de la casa de Avis, desembarcó con sus cinco hijos en Marruecos, se apoderó de Ceuta; y desde entónces Portugal se halla en vías de conocer el África y las aún ocultas regiones del Oriente mejor que ningun otro pueblo de Europa. El marino portugues afrontó ya en el siglo XV los peligros de la navegación por alta mar y, sin temor á los fantasmas que la ignorancia ó la superstición crearon en las oscuras é inexploradas regiones del mar Tenebroso, puso la proa de sus barcos hácia el Ecuador, atravesó la Línea, costeó el Africa y dobló su extremidad meridional, descubriendo el camino por mar para las Indias, que tanto anhelaban los hombres de la Edad Media.

Era además este siglo una época en que los progresos de las ciencias naturales y físicas desterraban las antiguas hipótesis geográficas, y las sustituían por otra más cercanas á la verdad, contribuyendo á facilitar sobremanera los viajes. La esfericidad del Globo llegó á ser afirmación generalmente admitida; los marinos que ántes sólo podían orientarse siguiendo las costas por el día y en las noches despejadas por la luz de las estrellas, disponen ya de la brújula; una asamblea de sabios sugiere la idea de aplicar á la navegación al astrolabio de mar, y ésta, que ántes se juzgaba imposible alrededor de Africa por su vasta extensión, los calores de la zona tórrida y las mil quimeras que forjó la calenturienta fantasía de los siglos medios, suscita ahora en Portugal un entusiasmo que raya en frenesí y en delirio, y á ese entusiasmo debemos el claro conocimiento de los países del Mediodía de Africa.

La idea madre de todas sus expediciones fué llegar á la India por los caminos del mar. La ruta de China é India por Asia menor, Persia y Tartaria era larga y peligrosa; y tan difíciles y costosos los transportes, que el comercio exigía imperiosamente nuevas vías que satisficieran las necesidades creadas por una mayor frecuencia de relaciones con los países y pueblos de Asia. Sabíase por escritos árabes que en la extremidad Sur de Africa el mar quedaba libre hácia el Oriente y llegaba hasta las costas de la India; además, los viajes de Fenicios, Cartagineses y Árabes, y la memoria de otros conservados oscura y tradicionalmente en los pueblos marítimos del Mediterráneo, eran precedentes de no escasa importancia. En 1281 *Vadino* y *Guido Vivaldi* equiparon dos galeras en Génova destinadas á marchar

• Véanse los números 115, 116, 120 y 121 páginas 380, 407, 561 y 601.

á la India dando la vuelta por el Occidente de África; pero desgraciadamente una nave chocó en los arrecifes de la costa marroquí y tuvo que regresar á puerto, y la otra naufragó en la desembocadura de un gran río, que tal vez fuera el Senegal: diez años despues *Teodosio Doria* y *Ugolino Vivaldi* intentaron, tambien sin éxito, la misma travesía; Jaime Ferrer, de Mallorca, traspasó en 1346 las Canarias en busca del río del Oro, y finalmente, se dice que comerciantes de Dieppe y de Rouen dirigieron expediciones á la costa de África y fundaron colonias y factorías desde cabo Verde hasta la Mina. Estas y otras infructuosas tentativas, de que sólo quedaban oscuras reminiscencias, no amenguan en lo más mínimo los grandes merecimientos de los viajeros portugueses; ellos son los primeros que en el siglo XV revelan á Europa la existencia de mares inmensos que circuyen al África, y que con olas, tempestades y huracanes han de ser más breve y seguro camino para el Oriente que la antigua ruta de *Marco Polo*. Además, los tiempos eran muy otros de lo que habían sido en la antigüedad y en los primeros periodos de la Edad Media: porque el cetro del mundo pasa de unas razas á otras: en el siglo XV los pueblos del Oeste y Norte de Europa crecen rápidamente en poderío material y moral, y los viajes de esta época, á la vez que se cumplen con esperanzas de mejor éxito, merced á los progresos del arte náutico y al carácter nacional que muestran, semejantes á las expediciones de los antiguos Fenicios, descubren una conciencia más clara del fin propuesto y aparecen dirigidos por una inteligencia superior que, consagrada al estudio, señala al viajero rutas, combina planes y promete recompensas al más audaz ó afortunado.

Inútil es decir que nos referimos al sabio infante D. Enrique, personificación de la ciencia geográfica en su siglo y alma de los primeros descubrimientos realizados por los portugueses. De Juan I y de una princesa de Inglaterra nació el que había de hacer á Portugal señor de las costas y mares occidentales de África: quinto hijo de aquel Monarca, guerrero á la par que ilustrado, acompañó á su padre y hermanos á la conquista de Ceuta. Elegido por Juan I para gobernar esta plaza, adquirió de moros y judíos algunas noticias sobre los pueblos que habitaban al otro lado del país de los negros y sobre las minas de oro de Guinea, proyectando ya desde entonces llegar por mar á estas tierras. A su regreso de la famosa expedición á Tánger, se retiró á Sagres, extremidad meridional del reino, cerca del cabo de San Vicente: allí, rodeado, como Alfonso X y Federico II, de sabios hebreos y musulmanes, estudia á Tolomeo y Benjamín de Tudela; allí, frente á frente de mares desconocidos, medita sus grandes empresas y funda la célebre escuela de nave-

gantes. Y, sin embargo, los nombres de *Bartolomé Diaz* y *Vasco de Gama* eclipsan la gloria del infante de Sagres, porque hay en el mundo la fatal inclinación de atribuir todo el mérito de una obra á aquel que la ejecuta, olvidando que los hombres que conciben la idea y maduran el plan siempre son los verdaderos autores.

Desde 1412 y con los tesoros de la Orden de Cristo, instituida para convertir infieles, comenzaron las expediciones á lo largo de la costa africana, sin que arredraran al Infante el éxito desgraciado de las primeras ni las preocupaciones del pueblo y burlas de anticuados doctores. En breve el cabo Non dejó de ser el último lugar accesible hácia el Mediodía; mas era preciso vencer rápidas corrientes y traidores arrecifes para traspasar el Bojador y engolfarse de lleno en los abismos del Mar impenetrable, del Océano tenebroso: esta misión y la de continuar reconociendo tierras hasta el Ecuador fué confiada en 1418 á dos hidalgos, *Tristan Vaz Teixeira* y *Juan Gonzalez Zarco*. Su pequeño buque, furiosamente combatido por las olas, les llevó á una isla desconocida, situada en el meridiano de las Canarias, que denominaron Puerto-Santo. Dos años despues, y cuando ya habían establecido una colonia en la mencionada isla, descubrieron otra en sus cercanías, deshabitada y tan cubierta de bosques, que la llamaron isla de la Madera; la prendieron fuego, y cuando trascurridos siete años se extinguió el incendio, plantaron sobre las cenizas la caña de azúcar y las famosas cepas de Borgoña y de Chipre. Sin embargo, es indudable que la isla de la Madera, así como las Azores, se conocía antes de la época que historiamos: en un pasaje de la *Vita solitaria* de Petrarca, escrito en 1346, se lee que á fines del siglo anterior los Genoveses, tal vez los Vivaldi, visitaron las Canarias, que tan próximas se hallan de aquellas islas; conocemos tambien las numerosas expediciones efectuadas en aquellos mares en el siglo anterior por Normandos, Españoles é Italianos; háy un mapa de 1351, publicado por Baldelli Boni en su edición de Marco Polo (1847), donde, como en algunos de los citados en el capítulo anterior, se ven las Canarias, Azores y Madera; y finalmente, asevera las suposiciones la trágica historia del escocés Macham y su bella esposa Ana de Arfé, que en 1344, arrebatada por las corrientes la nave que los conducía, hallaron en la isla de la Madera refugio y tumba á la vez.

Pero en medio de todo, el cabo Non continuaba siendo el último límite de las expediciones al Sur del Océano Atlántico, y las naves portuguesas aún no se atrevían á navegar en aguas del Bojador, donde las olas van y vienen y giran con espantoso estruendo, porque los viejos marinos contaban que nadie lo había hecho impunemente. D. Enrique, sin

embargo, no era hombre capaz de sentir desaliento; «Si no lograís pasar el cabo,—decía á los navegantes,—hacedos á lo largo y tendreis algun descubrimiento; despues virad de bordo, y volveremos á empezar hasta que le hayamos doblado.» Doce expediciones envió el Infante, y todas regresaron sin cumplir su objeto, hasta que encomendó la empresa á *Gil Eannez*, quien, en 1433, y ya en un segundo viaje, salvó el terrible cabo, y trajo á D. Enrique flores cogidas 30 leguas más al Sur del Bojador. Enviado tercera vez con *Gonzalez Baldaya* á proseguir su obra de descubierta, gana 20 leguas sobre las ya recorridas, deja abierto el camino á nuevos exploradores, y los espíritus meticulosos pudieron contemplar un mar tranquilo, afortunados climas y dilatadas costas allá en lo que creían region de abismos, linieblas ó huracanes. Entónces el Infante se creyó en el caso de solicitar del Papa, que lo era á la sazón Martín V, la investidura de los descubrimientos realizados y los que en lo sucesivo hiciera á sus expensas, conforme al derecho público de la época, que atribuía al Pontífice el señorío de todas las islas. Martín V accedió á sus deseos, é hizo donación perpetua á Portugal de todos los países que se descubrieran desde el cabo Bojador á las Indias, otorgando además indulgencia plenaria á los que muriesen en la travesía. De esta manera, al placer de las aventuras se unió otro poderoso estímulo, la Religión, ambos reforzados muy luégo con los rumores que empezaron á circular de haberse descubierto arenas y guijarros de oro en las fércas playas del continente africano.

Por esta misma época *Gonzalo Velho Cabral* desembarcaba en la isla de Santa María, y hasta 1450 continúan descubriéndose las demas Azores que al principio se tomaron por las Antillas ó islas delanteras de las Indias, segun *Marco Polo*, Martín Behaim y los mapas del siglo XIV, que representan islas en la region extrema occidental del Globo. Los primeros colonos portugueses hallaron en las Azores monedas cartaginesas y una estatua que figuraba un jinete señalando con la mano hácia Poniente. Sea esto ó no verdad, parécenos verosímil y probable que los Arabes ó los Normandos arribaran en sus viajes á alguna de las Azores, y que despues, entrando en relaciones con pueblos de la Europa meridional, les comunicaran su descubrimiento, oscuramente conservado por la tradicion, recogida á su vez con aplauso por los geógrafos y cosmógrafos de Italia que en ella veían una comprobacion de sus teorías científicas.

Continuaron las exploraciones allende el cabo Bojador, pero con lentitud, pues cada jefe de flota, apenas descubria algo, viraba en redondo é iba á recibir instrucciones del Infante: en 1443 *Nuño Tristan* dobla cabo Blanco, ve las islas de la bahía

de Arguim y remonta con su compañero Antonio Gonzalez un brazo de mar, en cuyas playas vivían tribus de negros, que dieron á los Portugueses polvos de oro á cambio de prendas de vestir y otros objetos: aquel brazo de mar, por esta causa, se llamó *Rio dell Oro*. Cuando en el reino se supo que los salvajes africanos pagaban en tan buena moneda, el infante de Sagres fué ensalzado hasta las nubes por sus mismos detractores, desaparecieron dudas y desconfianzas, se juzgó sencillo lo que ántes se creía temerario, y de todos los países llegaban aventureros solicitando servir á las órdenes de don Enrique. Diez carabelas, dirigidas por *Gil Eannez*, se hacen á la mar en busca del precioso polvo; otras seis, equipadas por varios habitantes de Lagos, á sus expensas y con permiso del Monarca, pretenden explorar la costa, y se funda una Compañía ó Sociedad para el comercio y trata de esclavos en las fércas y pobladas regiones á la sazón descubiertas. En 1446 llega *Nuño Tristan* al Senegal, donde vivían los negros idólatras; ve las frondosas selvas de Cabo Verde, y en 1448 *Alonso Fernandez* alcanza las cercanías de Sierra-Leona, al grado nueve de latitud Norte.

El alemán Van-der-Berg completa el descubrimiento de las Azores, donde el Infante estableció en 1449 varias colonias para que sirvieran como de punto avanzado de la cultura europea y de la dominación portuguesa en los mares de Occidente; *Antonio de Noli*, genovés, al servicio del rey de Portugal, descubre en 1450 las islas de Cabo Verde, y el veneciano *Aloysio de Cadamosto* llega en 1456 á la desembocadura del Gambia, y reconoce y da nombre á las islas descubiertas por el genovés. *Cadamosto* es el único, entre los marinos de Portugal, que escribió una relacion de sus viajes, impresa en Vicentia en 1507, abundante en curiosas noticias sobre los usos y costumbres del país explorado y establecimiento de las primeras colonias. Esto, y reconocer ó descubrir las islas de Cabo Verde, es su única gloria, porque no pasa más allá de los lugares visitados por *Tristan* y *Alonso Fernandez*. Y decimos reconocer ó descubrir, poniendo en duda si fué una ú otra cosa, porque la cronología de estos viajes, á juzgar por las obras que hemos consultado, es materia difícil en que hay aún mucho por hacer y bastantes dudas que aclarar; así es que mientras unos anteponen el descubrimiento de *Noli* al de *Cadamosto*, otros, como Vivien de Saint Martin, asientan que *Cadamosto* y *Usodimare* son los primeros que ven las islas de Cabo Verde, y que *Antonio de Noli* no hizo más que completar el reconocimiento en 1462. Hubo otro viajero, *Juan Fernando*, que en 1445 penetró en el interior de Africa por el rio del Oro, y compuso también una relacion describiendo algunas regiones y tribus del Sahara,

*Pedro de Cintra* dobla Sierra-Leona y llega hasta el Cabo Mesurado en 1462, y desde este momento, la costa africana, replegándose hácia el Oriente, parece señalar la ruta de la India á los marinos, y se recobra la esperanza de dar la vuelta al Africa, esperanza que perdian al ver dilatarse constantemente sus playas en direccion Sudoeste. El camino estaba ya trazado, pero la muerte de D. Enrique y el atraso de los medios de navegacion entorpecieron el curso de los descubrimientos, con tanta gloria iniciados por el infante de Sagres. Sin embargo, el deseo de figurar en grandes empresas hacía afluir á Lisboa de diferentes puntos de Europa sabios, comerciantes y aventureros, y se formaban asociaciones de carácter mercantil para fomentar los descubrimientos, no con un fin científico y humano, semejante al que guiaba á D. Enrique, sino con propósitos y ambicion de lucro que creían realizar, adquiriendo el célebre polvo de oro de la costa de Guinea.

En 1471 se reanudan las exploraciones y se avanza hasta el golfo de Benim, visitado cien años ántes, segun Estancelin (1), por marinos de Dieppe; pero este y otros viajes del siglo XIV, y algunos del XV, como el de *Juan Cousin* á tierras de América en 1488 (2), ofrecen notable vaguedad é incertidumbre, y ni en lo más mínimo pueden deslustrar los timbres gloriosos de Portugal y de Cristóbal Colon. *Juan de Santarem* y *Pedro de Escalona*, los exploradores de Guinea, llegan al cabo de Santa Catalina; en 1472, navegantes cuyo nombre ignoramos, descubren las islas de Santo Tomás, Príncipe, Annobon y la Bella ó Fernando Póo, situadas bajo el Ecuador, y Judios de Portugal, desterrados á Santo Tomás, cultivan el azúcar por mano de negros,

(1) *Recherches sur les voyages des navigateurs normands en Afrique.*

(2) M. Gaffarel, en un artículo publicado en la *Revue Politique et Littéraire*, y traducido en la REVISTA EUROPEA, sostiene que Juan Cousin, siguiendo la corriente ecuatorial, llegó en 1488 á las costas del Brasil, esforzándose inútilmente en rebatir las objeciones hechas contra el citado viaje. En ningun documento oficial se conserva el relato de Cousin, y la obra donde aparece escrita la tradicion, *Memorias cronológicas para la historia de Dieppe*, de Desmarquets, carece de espíritu crítico. Esta objecion la rebate M. Gaffarel, presentando la posibilidad de que algun día se encuentre un manuscrito auténtico que disipe todas las dudas; pero tambien es posible que jamás se encuentre, sobre todo si el manuscrito no existe. Además, Cousin emprendía un viaje de circunnavegacion alrededor de Africa y debió dirigirse hácia el Sur: cierto, dice Gaffarel, pero las costas ofrecían gran peligro; para evitarlo hizo rumbo al Oeste, halló la corriente y la siguió. Pues ¿y cómo los Portugueses, ántes y despues de Cousin, no necesitaron replegarse tan al Oeste como el marino de Dieppe? Y si buscaba la extremidad meridional de Africa, ¿por qué mudó de propósito, abandonándose á la corriente que le conducía en direccion tan opuesta? A la tercera objecion, fundada en que Pedro Descaliers, á quien se supone maestro de Cousin, vivió en 1550, contesta que pudo haber dos Descaliers, ó que el mapa de 1550 sería una copia, donde por inadvertencia se puso el nombre de su primer autor. En verdad que con este sistema de hipótesis es muy fácil argumentar, porque se presta á infinitas soluciones, sin más que conceder libre vuelo á la fantasia para que figure y presuma cuanto quiera.

reducidos á esclavitud, cuando los Españoles ni pensaban aún en la existencia del suelo americano. De manera que en 1481, al terminar el reinado de Alfonso V, los Portugueses conocian toda la costa de Guinea hasta el golfo de Biafra, rio Gabon y las islas ecuatoriales.

El pabellon portugues flota ya en el hemisferio austral. La confianza aumenta con el buen éxito, las tinieblas del Mar impenetrable se van replegando hácia el Sur, y á la vez crecen y se completan los medios auxiliares de la navegacion, porque Don Juan II, anhelando impulsar de nuevo los descubrimientos, consultó á la ciencia, y gracias á los esfuerzos de hombres tan ilüstrés como Regiomontano, Behaim y Toscanelli, al médico Rodrigo y al judío José, se construyen ó perfeccionan el meteoróscopo, el astrolabio, las tablas de declinacion, la brújula, y los marinos pueden reconocer las latitudes y guiarse en las soledades del Océano por la altura del sol. El Rey se intituló señor de Guinea, y aseguradas las conquistas de Africa mediante una buena escuadra que envió á aquellos lugares con D. Diego de Azambuga y un fuerte que mandó construir en Mina, dispuso otra expedicion, que en 1484, y á las órdenes de *Diego Cam*, dobla el cabo de Santa Catalina, llega al pais del Congo, pasa 1.125 millas más al Sur de la desembocadura del Zaire y remonta la corriente de este rio. Formaba parte de la expedicion el ya citado cosmógrafo alemán Martin Behaim, discípulo de Regiomontano, quien de regreso en Nuremberg construyó un globo terrestre determinando los lugares visitados por los marinos de Portugal, y por medio de inscripciones, la fecha é historia de los descubrimientos del golfo de Benim y del Congo, descubrimientos que, por desgracia, extendieron el comercio de negros al interior del continente; trata severamente perseguida por Don Juan III, mas sólo porque entregaba millares de negros á manos infieles.

En los últimos días de Agosto del año 1486, tres naves mandadas por *Bartolomé Diaz* se hicieron á la vela con rumbo directo al Sur: dejan á la espalda Loango, Congo, Angola, Benguela, y despues de avanzar hasta el 24º de latitud y clavar en las arenas de la costa una cruz con el escudo de Portugal, resuelve *Bartolomé Diaz* aventurarse en el Atlántico, perdiendo de vista la tierra, y con magnánima audacia, correr derecho hácia el Mediodía. La tripulacion, extenuada por falta de provisiones, se subleva y pretende volverse á Portugal; *Diaz* les exhorta, navegan aún 25 leguas, y cuando con ávidos ojos buscan puerto, sólo ven agua y más agua, inmenso mar que se dilata al Oriente, porque han llegado á las latitudes donde termina el Africa, avanzando hasta la bahía de Algoa. Al regresar contemplan la extremidad meridional del mundo afri-

cano, y entonces, á los piés del imponente promontorio se encrespan las olas agitadas y convulsas, mugen los vientos, retumba el trueno y rasga las negras nubes el fulgor del rayo: es que ante tres pequeños barcos y un centenar de marinos audaces, la Naturaleza se estremece y tiembla, vencida y subyugada por la enérgica voluntad del hombre. En memoria de la borrasca, *Bartolomé Diaz* llamó Cabo de las Tormentas á las últimas tierras de Africa que van á perderse en el mar; pero Juan II, con más conciencia del hecho y más fe en el porvenir, le dió otro nombre, exclamando: «¡No quiera Dios que conserve uno de tan mal agüero!... que se le llame el cabo de Buena Esperanza.»

Procuró también Juan II adquirir algunas noticias de la India por la ruta de tierra y del mar Rojo. Los negros del Zaire dijeron que á una distancia de 250 leguas al Este de Benim residía el famoso rey Oganés, príncipe invisible al que tributaban profundo homenaje los reyezuelos del Congo. Creyeron los portugueses que ese monarca podía ser el Preste Juan, y con encargo de averiguar las verdaderas regiones en que gobernaba é inquirir la situación exacta de las islas de las Especies, enviaron al Oriente al monje franciscano *Antonio de Lisboa*, y después, cuando aún no había regresado *Diaz* de su expedición al Cabo, á *Alfonso de Paiva* y *Pedro de Covilham*. Parten éstos de Lisboa en 1487, y agregándose en Fez á una caravana árabe, llegan al Cairo, penetran en Asia, y por el monte Sinai pasan á Aden, en cuyo puerto se separan, *Covilham* para la India, *Paiva* para Abisinia. *Pedro de Covilham* visitó á Goa, Calicut, las minas de oro de Sofala, y tornó por Aden al Cairo, donde se detuvo esperando á su compañero. Mas recibió cartas de Lisboa que le informaron de la muerte de *Paiva*, asesinado por dos judíos, y entonces, resuelto á buscar por sí mismo al Preste Juan, marchó á Abisinia, y de tal manera se atrajo la voluntad del Negusch, que éste le colmó de honores y riquezas y le conservó á su lado sin permitirle jamás regresar á Europa. En 1515 vivía aún, casado y poseedor de vastos dominios.

Antes de partir para Abisinia había escrito *Covilham* al Rey informándole del éxito de sus viajes: decían las cartas que, según los árabes, navíos que avanzaran por las costas de Africa hácia el Sur, llegarían á la extremidad del Continente, desde cuyo punto, y subiendo por el Océano Oriental, se llegaba á Sofala y la isla de Gomar (Madagascar). Si enlazamos estos datos con los que adquirió el rey de judíos portugueses que habían residido largo tiempo en Ormuz y Calicut y con el descubrimiento de *Bartolomé Diaz*, que revelaba la existencia de un mar al Sur de Africa, comprenderemos que era llegado el instante de recorrer la última mitad del

camino é inaugurar la Edad moderna de los descubrimientos geográficos en el mundo oriental con la gloriosa expedición de Vasco de Gama.

Ahora, y gracias á los portugueses, al infante D. Enrique, á *Diaz* y Vasco de Gama, comienzan los grandes triunfos de la Geografía; se traspasan los límites fabulosos que detuvieron el genio de los antiguos, se redondea el Continente africano, y después de Guinea, el Congo y el Cabo, se llega á los países orientales de Africa, imperfectamente descritos por los geógrafos árabes, Cafrería, Sofala y Mozambique, la costa de Zanguebar, la isla de Zanzibar y Abisinia. Calicut, en la costa de Malabar, recibe los primeros barcos del extremo occidental de Europa; el furor del viaje se apodera de los marinos portugueses, y en ménos de un cuarto de siglo registran toda la parte Sudeste de Asia, la ménos conocida y que más excitaba la curiosidad, Malaca, las islas de las Especies, la costa de Coromandel, Bengala, las islas Maldivas, Ceilan, China, Sumatra, Borneo, las Molucas, las Lieu-Kieu y el Japon.

Pero entre el viaje de *Bartolomé Diaz* al cabo de Buena Esperanza y la expedición de Vasco de Gama en torno de Africa para arribar á Calicut, media un período de diez años, célebre en la historia de la Geografía, porque en él acontece el memorable descubrimiento de América. Los marinos y geógrafos del siglo XV afirmaban que al Occidente de Europa había tierras, islas, prolongación de las últimas regiones de Asia, á donde era imposible ó muy difícil llegar siguiendo la vías comunmente usadas. De aquí, como ya sabemos, el empeño que abrigan los hombres de la Edad Media de explorar los mares africanos para descubrir un paso que les permitiera avistar las feraces playas de la Arabia y de la India. Cristóbal Colon creyó más sencillo, puesto que el mundo era redondo, cortar los meridianos y caer en línea recta sobre las tierras citadas por los viajeros y exploradores de Asia: no pensaba que existiera un nuevo continente; como los geógrafos de su época, suponía que Groenlandia, Vinlandia, Bercil, las Antillas, la costa del Labrador—adonde arribó Sebastian Cabót en 1487—eran prolongaciones de tierras europeas y asiáticas; y el único fin y propósito que le guió al dirigirse á Occidente fué llegar á las extremas regiones Orientales del antiguo mundo. Por esto se ha dicho (1) que si Vasco de Gama hubiera precedido á Colon, el descubrimiento de América se hubiera retardado siglos; hipótesis que no creemos fundada, porque ya en 1492 *Bartolomé Diaz* había doblado el cabo de las Tormentas, convenciendo á los incrédulos de que por aquellos sitios el mar quedaba libre, y sin más que

(1) Jules Verne: *Le tour du monde en quatre-vingt jours*.

audacia para entregarse á los peligros de una larga y penosa navegacion, era posible llegar á las últimas regiones de Asia. Por otra parte, la Antilla de los Fenicios, la Atlántida de Platon, los escritos de Aristóteles, Plinio, Séneca y Alfergani, los países poblados por los colonos de Islandia y las islas que aparecían inscritas en mapas y planisferios de los siglos XIV y XV, eran estímulos poderosos que movían á explorar en breve los confines occidentales del mundo, y el hecho mismo de navegar Vasco de Gama centenares de leguas obteniendo un éxito que coronara dignamente sus esfuerzos, creemos que hubiera inspirado mayor confianza á los monarcas que tan desdeñosamente negaron su patrocinio al marino genovés.

Mas prescindiendo ahora de lo que pudo acontecer, para fijarnos tan sólo en lo que la historia dice, hallamos que Cristóbal Colon, buscando en los confines de Occidente las últimas regiones de Asia visitadas ó descritas por *Marco Polo*, los países de Quinsay, Zaitun, Mango y Zipango, descubre medio mundo, el mundo de la Edad moderna; y Vasco de Gama, Cabral, Alburquerque, Segueira, Andrade, Perez y Mota, costeando el África, llegan al Asia y hacen renacer aquel viejo mundo entre las ruinas y escombros de la civilizacion oriental. Los Portugueses fundan colonias en la India: ya no son la guerra ni la mision religiosa ó política los medios de que Europa se vale para extender su influjo en Asia; la colonizacion empieza, y los viajeros tampoco serán errantes peregrinos como en las pasadas centurias, sino hidalgos, militares, aventureros y comerciantes que van á gobernar ó defender las nuevas colonias y á explotar sus riquezas, vírgenes casi de la avidez europea. Las costumbres, la cultura, el genio, la vida entera de Occidente invade el Asia; y á la atonía sucede el movimiento, á los terribles combates de religion y de raza, las guerras del coloso invasor. La sed de oro y el ambicioso afán de extender los dominios de la patria al otro lado de los mares; hé aquí los móviles que impulsan la fundacion de las colonias, porque el orgullo y la soberbia y la codicia y todas las pasiones juegan gran papel en la historia cuando se determina un progreso en la vida social humana.

Los Turcos han caido sobre Europa, abaten á la antigua Byzancio, y el fatalismo musulman y las muelles costumbres del Oriente completan la obra de Focio, esterilizando la vida y la inteligencia en aquellos lugares que inmortalizaron los héroes, los poetas, los pensadores de Grecia y los guerreros de Macedonia. Pero aún no ha concluido el siglo de Mahomet, y ya los Portugueses, oriundos de las tierras extremas de Occidente—que en los últimos dias de la Edad Media y en los albores de la moderna son patria ó albergue de los grandes genios que exploran el

cielo, la tierra y los mares, despiertan de su letargo al arte y reproducen las glorias militares de César y Alejandro—desembarcan en la India, establecen factorías, levantan fortalezas y ciudades, y construyen los primeros cimientos de la dominacion europea en la Península central de Asia que, asentada entre la China y la Turquía, y en manos de un pueblo frio y calculador, se hallará pronta á hacerse abrir á cañonazos las puertas del Celeste Imperio y á secundar la política de los colosos de Europa cuando les plazca invadir por mar y por tierra las feraces regiones de Siria y del Asia menor.

Concretándonos á nuestro primordial asunto—progresos de la Geografía y de la Historia en los últimos dias de la Edad Media,—observaremos que al terminar el siglo XV gana la Geografía portentosas conquistas en las esferas del hecho y de la idea, popularizándose conceptos y nociones que en las pasadas edades fueron patrimonio exclusivo de aquel á quien la voz general, con más ó menos fundamento, apellidaba sabio, astrólogo ó nigromántico. Colon y Vasco de Gama cumplen sus gloriosos descubrimientos en nombre de un pueblo, y nobles, rústicos y letrados saben que hay un mundo al Occidente, y al Mediodía un camino para el Asia; caen de un golpe los arbitrarios sistemas de Tolomeo, Strabon y demas geógrafos de la antigüedad, y la flota de Magallanes, dando la vuelta al Globo, acabará de persuadir á la muchedumbre de que la Tierra es redonda.

Difícil y confusa se presentaba la historia de Oriente en la Edad Media, y era desconocida la de aquellos países que en lo antiguo lograron sustraerse á la influencia romana; nada se sabía de la India ni de China, porque sus pueblos vivieron apartados del resto de los hombres, y si hoy es posible empezar á reconstituir su historia, gracias sean dadas á Portugal, que á través de los mares encadenó al Asia con Europa, y á Inglaterra, que consolida y afianza despues los lazos que unian ya á ambos continentes. Algunos siglos ántes de Jesucristo penetraron en Grecia ligeras nociones sobre los pueblos indios, conservadas por Herodoto y Ctesias, lo que unido al tráfico que mantenían los comerciantes del Asia Occidental con los mercaderes de India, sirvió de única fuente á los antiguos para recoger escasas y no importantes noticias sobre este país, limitándose á describir prodigios de la Naturaleza, extravagantes usos y fabulosas ciudades. Los viajeros de la Edad Media no profundizaron tampoco gran cosa la Geografía y la Historia de las regiones situadas al otro lado del Indo; mas cuando llega el siglo XV y los portugueses se establecen en la India y fundan misiones y colonias, oyen hablar de castas y mitología Brahmánica, rectifican desde luego algunos pormenores geográficos, y llama su

atención la grande idea que de sí mismo tenía formada el pueblo indio. Pero en realidad, las ligerísimas nociones que hoy tenemos acerca de la historia india, y más de la historia moral que de la historia política, sólo empiezan á adquirirse desde que los establecimientos ingleses tomaron allí mayor consistencia. Es estudio que pertenece ya á la Edad Moderna, y si de él hacemos mención, es porque su base y origen se encuentra en el siglo XV, y vamos tras las consecuencias que derivan inmediata ó mediatamente de los descubrimientos portugueses. Se convenció Inglaterra de que la población que dominaba no era una población salvaje, como la de América, ni bárbara y nómada, como la de Tartaria, y descubrió restos de construcciones gigantes y antiquísimos libros escritos en una lengua muerta que encerraban preciosos tesoros en religión, filosofía y literatura, fehaciente prueba de extraordinario saber en remotas edades. El sistema religioso de los Vedas, la mitología, las escuelas filosóficas ó Dhersana, las leyes, las prácticas civiles, la astronomía, las matemáticas, la medicina, la geografía física, natural y política; en suma, todas las ciencias y doctrinas de la India, fueron expuestas con más ó menos claridad; pero desgraciadamente la Historia y la cronología han quedado relegadas al último lugar por la división infinita que del tiempo hacen los sacerdotes indios, la incertidumbre de las fechas y el desconocimiento de la mayor parte de los textos originales.

De las comarcas orientales de Asia, Griegos y Romanos tuvieron alguna que otra y muy vaga noticia; pero cuando verdaderamente empieza Europa á conocer el célebre Imperio chino es en la Edad Media, después de las Cruzadas, por los escritos y relaciones de viajeros árabes y de los misioneros que en el siglo XIII penetraron en Tartaria. *Marco Polo* describe ya con gran copia de datos sus extensas regiones, la organización política y administrativa del Imperio, los productos de su industria, y el genio, carácter y costumbres de sus habitantes; y una vez en la India los Portugueses, salvan el estrecho de Malaca y se encuentran en los mares de la China, y desde entonces Portugueses, Holandeses é Ingleses procuran con tenaz empeño establecer factorías en territorio chino y convertir su población á la fe de Cristo. Así empezó á conocerse la larga y monótona historia de China. Los indios buscan su porvenir en los cielos, en Brahm, y desprecian el pasado y el presente; el chino se entrega en cuerpo y alma al presente, se recrea en lo pasado y jamás piensa en el porvenir: por esto los chinos tienen historia, y no hay ninguna nación que más cuidado y esmero ponga en escribir y conservar sus anales, depósito donde se contienen los sucesos todos del reinado de cada Emperador, recopilados por cronistas que

muestran un noble y varonil espíritu de independencia.

Así, y no de otro modo, se acaudala la historia de la Humanidad. Primero es saber que existen razas y pueblos, imperios y naciones; después conocer sus orígenes, su vida, su aptitud especial, para hacerles entrar luego en la corriente general del mundo civilizado, que en tanto puede llamarse culto y civilizado el hombre, en cuanto tiene el alma preñada de ideales, motores del progreso indefinido, ideales que se conciben, engendran y realizan en el trato, comunicación y ayuntamiento de todos los individuos de la gran familia humana.

Resumiendo. Arabes y Normandos inician nueva y fecunda edad en la historia de la Geografía; las tribus guerreras que llenan los vacíos que dejó el imperio de los Césares, electrizadas por la idea religiosa, van á descargar el rayo de su venganza y de sus iras sobre las gentes que con soberbia y altivez profanan los lugares que el Hijo de María consagró con santa vida y afrentosa muerte; el monje atraviesa los desiertos de Asia y se interna en remotos é ignorados países; el mercader afanoso camina centenares de leguas para aumentar su fortuna, y el marino se entrega á merced de las olas, y audaz, temerario, deja á su espalda las últimas tierras de Asia ó de Europa y surca mares que la tradición supone *tenebrosos é impenetrables*. Como consecuencia inmediata, el continente Asiático y los pueblos que en él viven entran en relaciones con el Europeo, y el contacto de la civilización arábiga con la cultura cristiana introduce notables progresos en el Mediodía de Europa; aficiónase á las especias, aromas y otros deliciosos productos de Oriente; nace el comercio ó extiende su esfera de acción, y de aquí la rápida y brillante fortuna de las Repúblicas italianas, á la vez que los viajes por tierra dilatan el horizonte y círculo de conocimientos, y la perfección del arte náutico y ciencias afines facilitan los grandes viajes marítimos.

De este modo llegará Italia á ser el punto central del comercio con Asia, ya por la ruta de Alejandría y el mar Rojo, ya por la de los mares Azof y Caspio, y será también el foco adonde afluyan todas las ideas y conocimientos adquiridos ó conservados por la civilización oriental musulmana. Escritores italianos, en mapas ó en libros, nos mostrarán el resultado de propias investigaciones ó de largos años de estudios, se formularán nuevas teorías científicas sobre la forma y divisiones del Mundo, multitud de pueblos estrecharán sus lazos sociales, é irán alejándose de cada vez más lo extraordinario y lo fabuloso, logrando la Historia mayor grandeza en la concepción, majestad y galanura en la forma, riqueza, colorido y verdad en el detalle.

Al terminar el siglo XV, el viaje y el descubrimiento entran ya en los caminos de la ciencia: no es un Justino, un Inocencio III, un San Luis, quien los impulsa y dirige; es un infante D. Enrique: no es un *Zeinmark*, un *Carpino*, un *Rubruquís*, quien los lleva á cabo; es un *Barlolomé Diaz*, un Colon, un Vasco de Gama. Porque en eso que llaman Renacimiento clásico hay una explosion de genios que hacen pobre y pequeño el mundo de Roma y de Atenas; porque ese mundo clásico que renace, crece y se desarrolla y se levanta al calor de hombres y de ideas que son nuevos y que crean un mundo nuevo tambien, el mundo de la Edad moderna. Los geógrafos del Renacimiento clásico destierran para siempre las hipótesis y los sistemas de los clásicos; los viajeros van á hollar con su planta los últimos rincones del Planeta, y los marinos presienten el día en que sus barcos podrán girar en torno del Globo, porque ya no les cabe duda de que la Tierra es un globo.

Pero las Repúblicas de Italia, las reinas del Mediterráneo, al sentir el frío de la muerte, se han convertido de señoras en esclavas, y los antiguos osados marinos de Venecia y de Génova, si realizan atrevidas expediciones, es al amparo de pabellon extranjero. Portugal recoge el estro de los mares, diseña con la estela de sus barcos los perfiles de Africa, avanza hasta las costas de la India y, descubriendo la ruta del Cabo, facilita las comunicaciones con Oriente y, por lo tanto, el comercio y los viajes de exploracion en las regiones del Mediodía de Asia. Un italiano, un genovés, quiere adelantarse á Portugal, y como la linea recta es la más corta y el mundo redondo, en carabelas de España navega hácia el Oeste en busca de tierras orientales. Islas que no son de Asia, sino de otro mundo, de América, le detienen: el genio del progreso, á través de los mares, ha encontrado tierras vírgenes donde arrojar las semillas de la cultura humana.

España y Portugal abren gloriosamente la Edad moderna en la historia de la Geografía; España y Portugal darán vida á hombres de accion, á genios emprendedores que de año en año descubren, conquistan y colonizan más y más tierras, ya en América, ya en los mares de la India y de la China; españoles y portugueses, holandeses é ingleses recorrerán en todas direcciones el Océano, y el mundo irá ensanchando, la humanidad creciendo, con islas y continentes, razas y pueblos, porque Colon y Vasco de Gama dejarán tras sí largo séquito de viajeros ilustres, Cabral, Nuñez Balboa, Magallanes, Elcano, Almagro, Mendaña, Drack, Davis, Tasman, Uries, Bugainville, Coock y tantos otros que, perseverando en una misma idea, han logrado completar el mundo en que vivimos y han hecho posi-

ble que la Geografía en nuestros tiempos estudie palmo á palmo la Tierra, deteniéndose sólo ante los Polos, porque un círculo de hielo los envuelve, y ante algunos países centrales de Africa y Oceanía, tal vez porque no hay un mar que los circunde.

RICARDO BELTRAN Y RÓZPIDE.

#### FILOSOFÍA NOVÍSIMA.

### EL UNIVERSALISMO DE A. PEZZANI.

Algunas palabras tienen dos significados: el propio ó filológico y el convencional, que suele sancionar el uso. Sólo en este último sentido ha podido llamarse *Filosofía novísima* á la que es, sin duda, la más antigua; en el fondo considerada, de euantas los anales históricos conservan noticia.

En los Vedas, ese fósil que la moderna ciencia indianista nos da á conocer, esa fuente donde han bebido todos los legisladores religiosos y todas las civilizaciones conocidas; en los Vedas se hallan los principios fundamentales de esta *Filosofía novísima*, que hoy cultivan unos pocos pensadores, y propaga una escuela á la que no dió aún carta de naturaleza la ciencia oficial.

Esta digresion preliminar nos permitirá entrar en materia.

Las dos grandes corrientes que han impulsado á la filosofía, el empirismo y el idealismo, moldes de la escuela positivista y la escuela espiritualista actuales, fundaron los sistemas que han compartido, siempre con tendencias exclusivistas; el imperio filosófico.

En nuestros días parece que se renueva con encarnizado propósito la lucha perenne de aquellas escuelas, encastillada la una en el punto de vista fisiológico, y la otra en el terreno puramente psicológico.

El positivismo lleva la mejor parte; en lo que es obra de destruccion: Oigamos, si no, los clamores repetidos de nuestros actuales pensadores:

«La escuela espiritualista, dice Paul Janet (1), ha sufrido de algunos años acá uno de los más rudos golpes. Ya no es la señora de la opinion: de todas partes objeciones, criticas, imputaciones justas ó injustas, pero muy acreditadas, se levantan contra ella; atraviesa, en fin, una crisis espantosa. Después de todo, si sólo se tratase de una escuela, podríamos consolarnos; ninguna escuela es eterna ni absolutamente necesaria; pero hay aquí más que una escuela, hay una idea, la idea espiritualista,

(1) *La Crise philosophique*.—Introduccion, págs. vi y vii.



cuyos destinos se ven hoy amenazados por el combate más formidable que ha sufrido desde la Enciclopedia, y que arrastraría consigo, si debieran sucumbir, la libertad y la dignidad del espíritu humano.»

Otro filósofo, M. Caro (1), ocupándose del porvenir y los destinos del espiritualismo moderno, escribe: «La prueba cruel que la filosofía espiritualista está pasando hace algunos años, y que continúa, debe advertirla para estar prevenida respecto al porvenir, y no dormirse, como hasta ahora, en la seguridad engañosa de una especie de escolástica renaciente, mientras que alrededor de ella todo se renovaba, crítica histórica, crítica religiosa, ciencias físicas y naturales...» «En fin, se aislaba cada vez más del movimiento de las ciencias físicas, naturales, históricas, que tocan por tantos puntos á la ciencia filosófica.»

Exclama últimamente el profesor Laveleye (2): «El ateísmo inconsciente y la fría indiferencia, más mortal que la hostilidad declarada, ganan terreno de día en día. Parece que si este movimiento continúa, toda religión desaparecerá.»

Inútil es aumentar citas para dar más valor á nuestras apreciaciones. La crisis que el espiritualismo, y por ende la idea religiosa, atraviesan es un hecho, y así ha podido predominar el positivismo, dando plaza al materialismo, con sus concesiones y su negación absoluta de la metafísica, pues tanto vale rehusar ocuparse de ella, sin la cual no es posible una filosofía de la naturaleza. Así se ha podido llegar á la proclamación de la cultura atea como ideal (3); y así se ha podido ensalzar el ateísmo, en los siguientes términos: «El despotismo y el teísmo se han dado siempre la mano para oprimir á los pueblos; estos han bajado la cabeza, han buscado la dicha en el otro mundo, sin intentar reclamarla en este, y todos los tiranos les han explotado. Con el último teísta desaparecerá el último esclavo. El porvenir debe pertenecer al ateísmo. Al ateísmo deberán los hombres su manumisión y su dicha, tanto tiempo sacrificadas por una ilusión (4).»

Afortunadamente, estos sueños, opuestos á la naturaleza misma de las cosas, no prevalecerán; porque á los tiempos críticos se oponen los tiempos orgánicos, como al análisis sigue la síntesis; por eso la ciencia y el arte, la política y la religión, plantean el problema del porvenir, que sólo un sintelismo elevado sobre las exclusivistas escuelas puede resolver. Por eso renace en nuestros días el

*universalismo*, sustentando la creencia en Dios y en la inmortalidad del alma, aspirando á resolver el complicado problema filosófico, y enseñando: «que se ha perdido de vista el encadenamiento y el fin de los destinos humanos; que se ha querido aislar al hombre del conjunto de las creaciones, sin ver en su estado presente la consecuencia de un pasado indubitante, á pesar de su oscuridad; y que ha resultado de aquí, que el hombre se ha hecho centro, y ha olvidado á la vez su origen, su misión y su fin.»

Debemos reconocer que al pensador imparcial que hoy se propone los problemas «¿De dónde vengo?» «¿Qué soy?» «¿A dónde voy?» no pueden satisfacerle las respuestas, sin demostración, de la escuela espiritualista, ni menos las peregrinas aserciones de la fe dogmática, y que es natural que, limitando sus miras al planeta que le sirve de asiento (pequeño globo entre los infinitos que pueblan el espacio, para el desarrollo sucesivo del espíritu), deseche las cuestiones de la metafísica y se atenga á los enunciados del positivismo.

## II.

Nosotros seríamos también materialistas si no pensáramos como Pezzani, y como él nos explicaríamos los seres, las fuerzas, las leyes, el movimiento; en una palabra, si no admitiésemos el *universalismo*. Hé aquí sumariamente expuestos sus principios y teorías (1):

«Todo ser está determinado de cierta manera que le hace él, y le distingue de los otros.

La determinación produce la forma en su manifestación contingente. La forma es la fuerza de expansión de la sustancia, tomando los materiales apropiados de las mónadas en estado latente, no de los elementos inertes. Cuando esos elementos están condensados, macizos, y lo están tanto más, cuanto menor es la fuerza de expansión, se llaman elementos sensibles, *materia*, tangible y perceptible para nuestros órganos corporales; cuando los elementos de la forma son muy sutiles y etéreos para caer bajo nuestros sentidos, podemos llamarlos *inmateriales*. Pero bien se ve que esas expresiones *materia é inmaterial* son nada más relativas á nuestro planeta y á nuestra constitución orgánica, siendo lo inmaterial para nosotros muy material para sentidos más delicados y para seres más elevados. La materia en sí, y lo inmaterial en sí, son, pues, cantidades vacías que no existen más que como simples relaciones.

Nuestro cuerpo verdadero, nuestra forma esencial no se ve ni se toca; nos sigue siempre en lo que llamamos vida como en la muerte, depurándose,

(1) *ibid.* La philosophie de M. Vacherot, págs. 474 y 475.

(2) *L'Avenir religieux des peuples civilisés*, pág. 12.

(3) Manifiesto de los socialistas alemanes.—*Farther demokratische Wochenblatt*, núm. 51.

(4) Dr. A. Held.—*Die deutsche Arbeiterpresse der Gegenwart*.

(1) *Novissima verba ou Derniers pensées d'un philosophe*, par André Pezzani.

modificándose á cada progreso. Una escuela moderna le ha llamado *Periespíritu* (1), palabra naciente é impropia; sólo es visible, bajo forma de vapor, para ciertos sensitivos (sonámbulos, mediums) y para algunos animales.

No hay en el universo más que mónadas dotadas de fuerza. En el estado caótico y mineral, esperan elaborando en su envoltura. Vegetales, entran en una especie de asociacion. Animales, forman una sociedad más estrecha. Aquí es preciso distinguir entre los invertebrados y los vertebrados.

En los invertebrados, el lazo puede romperse, y el animal, aún disociado, puede vivir, resultando tantos animales distintos cuantos centros nerviosos hay: Esto es el *polizoismo*.

En los vertebrados, sobre todo los superiores, la asociacion es tal, que cuando muere la mónada directriz de las mónadas inferiores, arrastra consigo á las demas para continuar nuevas existencias con su organismo invisible. Esto es el *polipsiquismo*. En el hombre sucede así con mayor razon. Las mónadas inferiores están en una indisoluble solidaridad con el *yo* su jefe supremo; ascienden ó descienden ó permanecen estacionarias con él (2).

La filosofía y la ciencia del porvenir deberán y podrán insistir sobre esto para establecer la inmortalidad de la persona, fundada en la imperecedera agregacion de las fuerzas psíquicas, una vez que han llegado á formar un centro de inteligencia y de pensamiento, una unidad personal. Todo tiende á demostrar esta tésis científicamente, aunque apenas empieza á abrirse el campo de descubrimientos en este terreno.

Todo agregado de lo que se llama *materia*, es una reunion de partes que supone una fuerza *motriz*. Ahí es donde se forma la primera asociacion de las mónadas; más instable aún que en el vegetal y el invertebrado, cambia siempre que nuestros químicos le presentan otra sociedad con la cual tiene más afinidades. Ese es el primer ensayo de las mónadas, elevándose del estado de involucion y de reposo á la vida vegetal y animal inferior, después á la superior, y de esta á la hominalidad.

Acontece en estas combinaciones algo muy notable en favor de los séres, ley universal del cosmos; y es, que las combinaciones que prevalecen generalmente entre los elementos químicos, y respecto á las cuales la afinidad se despliega con más complacencia y preferentemente, son aquellas que tienen hácia los cuatro ó cinco productos que constituyen los vegetales y animales, y son el carbono, el ázoe, el hidrógeno, el oxígeno y el fósforo. Ahí

hay un hecho de finalidad intrínseca, que denota el movimiento de progresion á que todas las cosas están sujetas.

Es preciso comprender esto:

Un doble movimiento, 1.º de la tierra, interior; 2.º exterior, del cosmos que corresponde armónicamente.

La tierra tiene su huevo cósmico encerrando todas las formas que aquella producirá sucesiva é indefinidamente en un porvenir perpetuo. Todos los planetas y todos los mundos habitados están en el mismo caso.

Pero como la tierra ha venido muy tarde al desarrollo de las cosas, ha sido precedida por un nacimiento, una germinacion indefinidos de sus congéneres, que han tenido habitantes de toda especie y de todo grado, ántes que nuestro planeta hubiese podido recibirlos. Por tal razon, todas esas mónadas anteriores y preexistentes no vinieron á aprisionarse en la matriz terrestre sino cuando las formas visibles fueron armónicas á su estado. Hay en el Universo un vaiven eterno; no segun una razon vaga é indeterminada, inconsciente, sino segun una idea, una razon absolutamente determinada y marchando siempre al progreso de un modo consciente (1).

### III.

Hay en el cosmos un constante *processus* de los séres, que no es desordenado, como pretenden ciertos filósofos, ni circular, como sostiene Hegel desdichadamente, porque estos *processus* diversos no serían progresos, sino un *processus* hácia el bien, la conveniencia y la armonía, hácia lo verdadero y lo bello. Al principio, y mientras las mónadas no han alcanzado por sí mismas la conciencia, permanecen confundidas (*obscurément enveloppées*) trabajando, no obstante, en pró del orden universal, en virtud de lo que los estóicos llamaban la razon seminal de las cosas, para nosotros más bien razon determinada é ideal.

Pero cuando estas mónadas, homogéneas todas y de la misma raza, llegan por la asociacion indisoluble con sus hermanas á la individualidad ó á la personalidad, desaparece la necesidad fatal para dar lugar á la necesidad moral, á una libertad apenas indicada en su comienzo, pero que se va manifestando cada vez más independiente y más responsable. En los primeros momentos, y aún en nuestros tristes mundos, esta libertad turba con rebeliones el orden, pero este recobra siempre su equilibrio por una reaccion que recae sobre el culpable; más tarde, en fin, y en los mundos luminosos la libertad

(1) Ese cuerpo fluidico ha recibido también los nombres de *pre-espíritu* y *meta-espíritu*.—T-S.

(2) En la traduccion sacrificamos algo el estilo por conservar más fielmente el pensamiento del autor.—T-S.

(1) Esta teoría, que puede llegar á un extremo al parecer utópico, pero racional, la ha expuesto el doctor Huelbes Temprado en varios discursos en las «Controversias públicas» que sostiene la Sociedad Espiritista Española.—T-S.

puede definirse, obediencia voluntaria á las leyes generales y respeto cumplido del órden moral.

Se ve, pues, que en nuestra teoría, dentro de las ideas universalistas, lo que se llama materia no existe, ni el espíritu tampoco; la materia no es más que un sér inferior, y el espíritu un sér más avanzado que ascendió de sus primeras y rudimentarias manifestaciones al *polizoismo* y al *polipsiquismo* por la asociación. Y esto siempre relativamente, de tal modo que la materia, es decir, el elemento sensible en Júpiter y sobre todo en el Sol, donde la pesantez es enorme, constituiría para nosotros entidades intangibles y espirituales (1).

Lo mismo sucede, ya lo hemos dicho, respecto al cuerpo verdadero del sér que es invisible para nosotros, y no se muestra, según parece desprenderse de ciertos hechos, más que á algunos animales y á los videntes estáticos.

Añadamos á demostraciones tan completas y tan indubitables algunas citas de un gran filósofo, de Leibnitz, que participa completamente de nuestra manera de ver, aunque no la ha desarrollado con tanta claridad:

«No hay seres puramente espirituales (entendidos, cándidos espiritualistas), como no los hay puramente materiales: todos los seres son un compuesto de alma y cuerpo.—La materia no existe por sí misma, ni tampoco el espíritu.—Son expresiones limitadas y relativas, que es preciso guardarse de convertirlas en sustancias (2).»

Debo tratar á los materialistas con menos severidad que á los espiritualistas, porque los primeros son más lógicos. Con sus ideas, considerando á la tierra aislada, sin lazos con lo universal que tal vez sólo existe en nuestra imaginación, sin solidaridad entre seres quiméricos de mundos también quiméricos y nuestro mundo, que es el elemento sensible y perceptible á nuestros órganos,—han podido negar todo lo que nosotros llamamos lo extrahumano, lo sobrehumano, lo suprasensible, porque no era demostrable por ninguna experimentación y no caía bajo nuestros sentidos. Los positivistas no niegan absolutamente, pero rehusan ocuparse de ello. Es un modo de ver las cosas incompleto, fragmentario, que nunca llegará á la integralidad; pero este error se explica. Lo que no nos explicamos es la candidez de los que creen en el alma separada del cuerpo, y afirman la inmortalidad de la persona humana, sin pensar en darle las necesarias condiciones, y olvidando los principios del gran Leibnitz contenidos en estas memorables palabras:

«En la serie continua de las metamorfosis y evoluciones del sér, un doble principio permanece

(1) Véase *Philosophie de l'avenir et Philosophie nouvelle*, páginas xv y siguientes de la Introducción.—A. Pezzani.

(2) *Monadologie*, pág. 439 y sig.

«idéntico é inmutable; siempre es la misma alma, siempre es el mismo cuerpo. El nacimiento y la muerte no son más que distintas fases de un desarrollo progresivo. El individuo *preexiste* al uno y *sobrevive* á la otra en la doble identidad de su alma y de su cuerpo.»

Leibnitz va más lejos, entrando de lleno en la filosofía del porvenir:

«Los cuerpos inorgánicos, dice, son simples agregados de mónadas *yuxtapuestas, sin lazo real que les dé una verdadera unidad*. Los cuerpos organizados, al contrario, se componen de cierto número de *entelequias íntimamente agrupadas alrededor de una mónada central que sirve de alma y mantiene una unidad permanente*.

«Los cuerpos son máquinas vivientes, cada una de cuyas partes es *una máquina á su vez*. Cada miembro de un animal es *un animal* también, y encierra todo un mundo de seres vivos, los cuales contienen otros, y así hasta el infinito. Hay allí una transformación incesante; es un flujo constante de *mónadas secundarias* sucediéndose sin descanso en torno de la mónada dominante y central; pero esta mónada (que llega al zoísmo ó al psiquismo con sus asociadas) permanece siempre la misma, á través de transformaciones sucesivas, en todos los nacimientos, las vidas, y lo que se llama las muertes (1).»

En cuanto á mí, no creería en la inmortalidad de la persona imposible de reconstituir después de la separación llamada muerte, y sería franca y resueltamente materialista, no dando fe más que al elemento sensible, y no preocupándome más que de lo que cae bajo mis sentidos, si no creyese que el sér es á la vez *esencia, forma y vida*; que no puede separarse de su organismo vital, indivisamente unido á él, siempre, en todos los mundos á donde va á aprisionarse temporalmente; que por consecuencia el sér individual ó personal preexiste á su desarrollo en la matriz planetaria, adaptado por una ley armónica al huevo cósmico de cada globo y á las formas engendradas. Pero soy universalista, porque sé y creo en la preexistencia y la continuación progresiva de la vida en el órden eterno y en las leyes constitutivas de los seres. Jamás me persuadiría de que el organismo grosero y terrestre es el cuerpo verdadero de mi sér, y que este sér no se compone más que de un alma creada expresamente por un *Deus ex Machina* para animar mi grosera armazón, y que esa alma sólo será sometida á una prueba para recibir recompensas ó sufrir castigos irrevocables. En vez de afirmar estos desvarios, vale más ser materialista, y yo lo sería si no tuviese la fe antes expuesta.

(1) *Monadologie*, pág. 567 y sig.

## IV.

En resumen, hé aquí las proposiciones que serán aceptadas por la filosofía futura:

1.º Las mónadas (séres entelequias) son todas de la misma raza y la misma línea, pero en diferente grado de desarrollo, comenzando por el estado de involucion, de incoacion y de reposo relativo. Estas se hallan destinadas en todos los mundos á formar los minerales, los vegetales, los animales inferiores é invertebrados. Aquí no hay más que un simple agregado por YUXTAPOSICION, y á la muerte no hay derecho á la inmortalidad, porque no se ha constituido aún la unidad del sér.

2.º Las mismas mónadas van formando poco á poco una sociedad más perfecta y llegan á animales superiores ó á hombres, por una unidad ya individual, ya personal, bajo la direccion de una mónada central. Desde este momento la ASOCIACION es indisoluble, persiste á la muerte y preexiste á todas sus transmigraciones, que sólo entónces pueden tener lugar; aquella es inmortal tambien en el porvenir, y las mónadas asociadas, formando un individuo ó una persona, pueden marcharse más ó ménos del planeta en que han vivido. Si son pesadas y vulgares aún, entran en su esfera de atraccion; si no, se separan y pueden ir á otra parte.

3.º Pero las mónadas vulgares trabajan siempre para preparar un organismo armónica é idénticamente adaptable al estado de cada una de esas mónadas zóicas ó animicas que vienen aún á aprisionarse allí para su progreso ó para el bien de la humanidad de que se trata.

4.º Nuestra persona humana depende de la asociacion y de la agregacion indisoluble; así, pues, para que aquella subsista es necesario que la asociacion y la agregacion se conserven, y esto no puede tener lugar más que reconociendo (pronto lo hará la ciencia) un organismo virtual constitutivo de la mónada y que se adapte por una correlacion adecuada al organismo grosero. Es necesario que las mónadas en estado latente produzcan las formas, correspondiendo exactamente á las mónadas más avanzadas, ya zóicas ó psíquicas. Es necesario, en términos más claros y comprensibles, que cada centro nervioso del organismo formal esté preparado á recibir cada centro psíquico del organismo virtual, y que haya entre esos dos organismos, visible el uno é invisible el otro, paralelismo por adaptacion adecuada. Esta hipótesis nada tiene de imposible, y creemos que lejos de ser desmentida será confirmada por la ciencia.

Son una misma cosa preexistencia y persistencia; no puede sostenerse la una sin la otra.

Si no se cree en la preexistencia, no puede creerse en la inmortalidad; y no queda más recurso

que hacerse positivista, es decir, no dar fe más que al elemento sensible; hacerse ateo, es decir, no reconocer leyes generales, nada más que el acaño. El conjunto entero del cosmos entra en el caos; no hay método posible, no hay universalizacion. Pero que dirija el hombre su vista hácia el cielo estrellado, que no se sienta aislado sino unido á la serie de los séres, y entónces desaparecerán todas las falsas creencias.

«La solidaridad humana no es más que una parte de la verdad. Todos nosotros, séres dotados de inteligencia y de razon, sea cualquiera el grado de la escala en que nos encontremos, miembros de la humanidad terrestre ó de otra humanidad; todos estamos unidos por una cadena inmensa, todos marchamos á un fin comun, hácia el divino tipo que nos atrae, y *el espectáculo de la creacion proclama por todas partes la solidaridad universal.*» (1)

«El hombre al dejar esta vida llega á una estacion correspondiente á su grado de iniciacion; va, como dice la cosmogonia india, al mundo de sus obras; adquiere la condicion que ha merecido, y reviste la forma (envoltura) *más armónica con el estado de su mónada*; lleva en esa otra existencia, no sólo lo que los espiritualistas llaman su alma, sino tambien su sér completo, es decir, tambien el cuerpo á que indisolublemente está unido y le sigue siempre. Nada cambia en él más que la forma planetaria á la cual se incorpora; pero esta forma, hasta tanto que se haya depurado más, comprime el recuerdo, sin abolir la identidad.

«¿Cuál es, de una manera precisa, la ley de estos renacimientos y de estas trasformaciones? Es uno de los misterios de la Providencia, que aquí abajo no nos es dado penetrar. Pero puede intentarse formar un concepto vago, lo único que en esta tierra le es permitido al espíritu humano. Cuando el alma abandona la envoltura terrestre, ó cuando para venir aquí ha dejado las envolturas que le sirvieron de organismos en otros mundos, se encuentra en cierto estado de mérito ó de demérito, bajo el doble punto de vista de la inteligencia y la moralidad. Ese estado sirve de base de partida para la vida futura; la mónada no sólomente va al mundo de sus obras, sino que en ese mundo se reúne al organismo con el cual tiene más afinidades. En el orden físico (sensible, de las formas visibles) la ley de atraccion universal une todos los cuerpos, todos los séres materiales (que caen bajo nuestros groseros sentidos); ¿por qué esta ley no había de tener equivalente en el orden moral? Ese equivalente le llamamos *ley de armonia*. En virtud de esta ley la mónada va precisamente á animar

(1) *Cosmogonie de Fourier*, por A. Pezzani.

»la forma más ó menos grosera, más ó menos elevada ya, que corresponde al grado de su adelanto y de sus pensamientos.

»Así la mónada que llega á nuestro globo y reviste la forma humana, tiene en su pasado la doble razón de su existencia terrestre, de su parentesco y posición y de su unión con determinado organismo (organismo terrestre que refleja la herencia fisiológica y la herencia psíquica).

»En cuanto á los niños que mueren en la cuna ó de corta edad, debe pensarse que no han merecido desde luego pasar á un mundo superior, ni tampoco los sufrimientos de la tierra, y después de cierto tiempo de reposo y de envoltura, la muerte les libra del grado terrestre de iniciación (1).»

Comprender la solidaridad y la penetración de todos los seres y de todos los mundos; rechazar la existencia positiva de la materia y el espíritu puros, separada del ser entero; admitir la progresión y el desarrollo sucesivos de todas las mónadas en el seno de lo universal: esta será la filosofía del porvenir.

#### V.

Un doble movimiento mantiene en equilibrio constante á la tierra y al universo: 1.º, el movimiento interior de las formas cósmicas terrestres; 2.º, el movimiento exterior de las mónadas que vienen ya de mundos inferiores, ya de mundos superiores, y se armonizan plenamente á la matriz de las formas actuales del planeta, adaptándose á ellas.

No hay absolutamente en el universo más que el Ser y seres, principios de fuerzas, que son por sí mismos fuerzas sometidas á las leyes simples y mecánicas del movimiento equilibrante ó equilibrado, con una doble polarización, atrayéndose por los contrarios, rechazándose por los semejantes y encontrando la armonía y el reposo por su neutralización. Hé aquí la verdad, tal cual resulta de las leyes universales, funcionando y siempre vivas en el cosmos.

El Ser, el yo divino, consciente del universo, tiene una determinación absoluta, un organismo infinito, que le hace sentir lo que pasa en todos los lugares y en todos los seres.

Los seres contingentes tienen una determinación relativa, proporcional á su expansión y á su irradiación ya adquiridas, aproximándose más ó menos al organismo del Ser, según sea mayor ó menor aquel desarrollo.

El organismo del Ser posee todos los nombres, tiene todas las facetas, se presta á todas las formas, es su brazo único, que sirve de lazo y de solidaridad entre todos los seres. Es lo que, á falta de otro nombre mejor, llamamos el agente universal.

En la tierra, cuyos pobres habitantes tienen un pequeño número de órganos diferenciadores, se llama sucesivamente calórico, electricidad, magnetismo, luz, flúido sónico, atracción, afinidad, pero siempre es el mismo agente, porque los fenómenos de una categoría son reductibles en la otra, están regidos idénticamente por las mismas leyes, y se resumen todos en el movimiento.

En los mundos superiores, el agente universal toma mil nombres diversos, siempre según el número indefinido y creciente de órganos maravillosos y radiantes de los seres que los recorren en todos sentidos. Podemos llegar por la universalización á esta verdad incontestable, pero intentar definir los esplendores y las bellezas de esas moradas luminosas, balbucear los nombres del agente universal, es imposible al lenguaje humano é inútil para nosotros. Aquí es cuando conviene permanecer positivista.

Ballanche, ese universalista incomparable, ha emitido un gran pensamiento: «Hay hombres en nuestra tierra (que, con justo título, califica de inferno, de mundo inferior) que tienen ya un pié en la vida futura.» Esto es verdad, intelectual y físicamente; pues aquí abajo hay hombres dotados de las facultades de clarividencia, prevision, éxtasis, profetas (los sonámbulos, los videntes). La ciencia oficial ha negado estos hechos, que deben existir, si la armonía y la solidaridad no son una palabra vana, porque es preciso que cada esfera tenga su transición más ó menos marcada, y que cada crecimiento de poder se dibuje progresivamente. Sí, hay hombres que, en cierto estado y en cierta comunicación con el agente universal, ven á cualquier distancia, prevén y profetizan; y no hablamos de las visiones, de las apariciones, que son también parecidas maneras de utilizar el agente universal, porque nos expondríamos al ridículo terrestre y al reproche de no haber escrito más que una novela, cuando lo que precede es serio, muy serio.

En suma; el determinismo, el hecho irresistible, como le llama Strada, para el elemento material, y según nosotros sensible, no puede aplicarse más que al agente universal y á las leyes del movimiento que rigen en todo el cosmos. De ahí la verdad absoluta de la cosmología.

#### VI.

Hablemos de Darwin. Su sistema no es nuevo, pues ha tenido predecesores en la antigüedad y en los tiempos modernos, y hay que reconocer, á pesar de sus detractores, que es el más racional, el más respetuoso para el Dios creador, y el más conforme al orden de las cosas. Tal vez las hipótesis de Darwin sean insuficientes para explicar el hecho completo de la evolución, pero añádeles la in-

(1) *Nature et destination des astres*, págs. 162 y 163.—Pezzani.

fluencia de los medios (Lamarck), las fuerzas cósmicas (Robinet), los gérmenes latentes (Maillet), y la energía de las mónadas y del movimiento exterior (Pezzani). De todos modos, ¿por qué se ha de reprochar á un sabio el haber supuesto que la creación pueda haber comenzado por seres ínfimos, de sencilla y rudimentaria organización, lo cuales modificándose, perfeccionándose de mil maneras bajo la influencia de diversas causas, hayan dado nacimiento á generaciones de especies nuevas, organizaciones más y más complicadas, que han desaparecido muchas y otras llegaron hasta la época geológica actual?

Hiere nuestro orgullo, se dice, pensar que el hombre puede ser el producto último de esa grande y gigantesca evolución de los seres vivientes, y proceder, por vía de transformación, de alguna especie inferior análoga, por ejemplo, de los grandes monos antropomorfos que aún hoy se encuentran en el Asia y el Africa tropical. El crimen de Darwin es haber tomado por punto de partida de sus investigaciones esa hipótesis que le pareció más racional y más plausible que la de las creaciones específicas (que ántes de él habían aceptado hombres tan eminentes como el naturalista Lamarck y otros) y haber ensayado determinar las causas inmediatas de la transformación de las especies. Esto es lo que ha hecho primero de una manera general en su libro del *Origen de las especies*, y aplicando despues al hombre en particular su teoría, en la obra titulada: *La descendencia del hombre y la seleccion en sus relaciones con los sexos*.

Un metafísico, concienzudo espiritualista, M. Charles Leveque, se ha expresado así en la Academia francesa de Ciencias políticas y morales, respecto al naturalista inglés:

«A la creencia en una multitud de creaciones simultáneas ó sucesivas, Darwin opone la hipótesis de una creación primitiva, única, sirviendo de punto de partida á todas las evoluciones ulteriores de la vida, y la *struggle for life*, la seleccion, la herencia son, en su pensamiento, los medios de que la divinidad se sirve para el cumplimiento de esas evoluciones. No hay ahí ni acaso, ni fatalidad; hay un plan providencial que Darwin entiende y explica á su manera, y no solamente no rechaza, como se cree ó se ha querido hacer creer, la idea de finalidad, sino que la afirma siempre.»

Lo que Darwin llama la seleccion natural, es una ley universal del cosmos, que se encuentra en todo; es nuestra teoría respecto al doble movimiento: interno, limitado á la tierra, de todas las formas encerradas en su huevo cósmico; externo y perpetuo de las mónadas preparadas en otra parte (mundos que han precedido á *nuestro pobre y joven planeta*), que han venido á incorporarse á los organismos

terrestres para elaborar nuestro humilde globo y hacer avanzar su humanidad. El olvido de estas grandes verdades ha dado lugar á errores, barreras contra la solución transformista, la única de orden general y verídico.

Si no adoptais la creación de seres de toda especie, de parejas ya formadas, y quereis ser lógicos, hay que reconocer un sencillo hecho sobre el cual no se ha reflexionado bastante, á saber: que la infancia del rey de la creación, más delicada, más expuesta que cualquiera otra á mil accidentes, ha debido ser protegida por una madre, que esta madre desconocida ha debido llevar en su seno al primer hombre, amamantarlo y cuidarlo siquiera en su primera edad. Y ya que rechazais la intervención de un creador milagroso, es de toda necesidad suponer que las cosas han sucedido naturalmente, como acabamos de decir; pudiendo añadir, para tranquilidad de las almas timoratas, que en esta hipótesis la madre del primer hombre pudo llevar legítimamente el nombre de mujer.

El transformismo de la especie intermediaria, antropeide, ó primate, perdida ó aún existente despues de numerosos siglos, ha tenido lugar insensiblemente y no de un golpe, y así cuando la forma humana ha aparecido por primera vez, sus padres tocaban ya al límite de la humanidad.

Con nuestra teoría, que será consagrada en el porvenir, y que ya mil pruebas diversas tienden á establecerla, *cada forma nueva llama una mónada del mismo orden para que la anime*, y no hay por qué indignarse contra el origen *simiano* ó *animal* del hombre, que proviene no sólo del mono, sino primitivamente de la monera, del barro de la tierra y de lo que hemos llamado el huevo cósmico. Pues qué, todos los embriones y los fetos de los animales y del hombre, ¿no pasan desde la forma del zoonito y del renacuajo, por todas las formas intermedias y superiores, hasta el animal que se ha de reproducir? Esta gran prueba de la embriogenia, ¿no es concluyente y luminosa? ¿En qué puede afectar á la dignidad humana? Cuando se trata de un reptil, la mónada del reptil viene á animarlo, al mono la del mono, al elefante la del elefante; en fin, cuando despues de transformaciones sucesivas, la forma de un antropeide desconocido se ha convertido en forma humana, una mónada humana es la que á ella se asocia.

Darwin, lo mismo que todos sus discípulos y que sus adversarios, sólo se han preocupado de las formas, sin hacer caso de los centros dinámicos ó psíquicos, mónadas más ó menos elevadas que les animan. Se pueden, pues, aceptar los trabajos de Darwin, sin comprometer en modo alguno la verdadera concepción del universo, y sin que nuestro orgullo sufra por eso. Y no hay término medio: ó la

creacion permanente y el milagro, ó el trasformismo, como hemos demostrado sumariamente en términos tan precisos y tan poco científicos, que un niño podría comprendernos.

No se trata de saber, pues, si la mónada del mono pasa de repente al estado de mónada humana (creemos más bien que las mónadas humanas, en nuestro globo, proceden de los hombres de planetas inferiores); se trata de saber si la forma humana proviene, lo cual es muy distinto, por vía de transformaciones sucesivas, de un antropoide desconocido, primate, mono, como parece confirmarlo la anatomía comparada.

Lo que debía ser la forma humana, lo repetimos, ha pasado, como la organogenia lo prueba, para el embrión, de la forma primitiva del zoonito, del pez, del reptil, del ave, del invertebrado y vertebrado, mamífero inferior y superior, hasta el hombre; y es positivo que la forma del mono parece ser transitoria á la forma del hombre, *nada más que á la forma.* ¿En qué puede herirnos esto?

Olvidamos con demasiada frecuencia, y es un punto que recomiendo á los filósofos del porvenir, que todas las mónadas llegadas al *psiquismo*, centros dinámicos é inteligentes, de todos grados en el universo, están en comunicacion permanente con cada mundo, por medio del agente universal, y, como ya hemos dicho, cada forma nueva solicita una mónada del mismo orden, adecuada al organismo, para que tome la direccion y sirva así á la elaboracion del globo y de su humanidad.

## VII.

Vera, ese discípulo demasiado fiel de Hegel, ataca con ardor al darwinismo, pero sin comprenderle y por tanto sin hacerle daño (1). Atribuye á Darwin un indeterminismo contra el cual este grande hombre ha protestado en todas las páginas de sus libros, y pretende que ese indeterminismo lleva á una retrogradacion, ó cuando ménos al caos y al acaso. Precisamente resalta todo lo contrario de la doctrina de la evolucion. Una forma sucede á otra, porque es más perfecta, y debe servir de organismo á seres más perfectos. Pregunta Vera á Darwin por qué los monos viven aún al lado de los hombres, si la forma simiana es la antecesora de la forma humana. Los evolucionistas no han pretendido que una especie debía desaparecer desde el momento en que se diera á luz la especie inmediata. Los monos continúan viviendo en los medios que les son apropiados, y al mismo tiempo que sostenemos que el mono es un antropoide degenerado que ha vuelto al atavismo, afirmamos que hay progresion constante en el desarrollo de las formas en-

gendradas por la matriz planetaria. Por eso hemos anunciado, y el porvenir confirmará nuestras previsiones, que el hombre, el rey actualmente de la tierra, daría nacimiento por trasformacion á una especie superior, que distará de él tanto como la raza humana dista de la simiana. Hé aquí lo que hace tiempo habíamos escrito:

«El desarrollo futuro del huevo cósmico de la tierra, ¿no irá avanzando más, no producirá formas superiores á la humanidad, contenidas en estado latente en el germen humano? Pensamos que sí. Bastaría para esto un cambio en los medios ambientes, en las influencias climatéricas, en el esfuerzo del feto que irá insensiblemente más lejos cada día (1). Aparicion lenta y progresiva de nuevas formas, formacion por una evolucion de siglos de una nueva especie superior. Todo se halla en el límite de lo posible, de lo probable, pero no de lo cierto.»

El orden universal del cosmos resuelve la cuestion en favor de la certidumbre.

Escribí las anteriores líneas en 1873 y en pleno darwinismo; pero antes, al dar á luz mi pensamiento filosófico en 1838, había publicado lo que sigue:

«¿No podrá servir la tierra de morada á seres más avanzados en la gerarquía universal? Esto puede ser, es muy probable. El pasado de nuestro planeta aclara su porvenir. Lo mismo que á los vegetales y á los infusorios de la primera época han sucedido reptiles y peces más adelantados en organizacion; á los reptiles y á los peces, aves y mamíferos de un grado creciente; lo mismo á nuestra especie, dotada de inteligencia y de razon, pero *muy sometida aquí abajo á los lazos de la materia*, podrá suceder otra especie superior, cuando la estacion terrestre en su estado actual no convenga á la armonía de las pruebas. Esta *transformacion* que presentamos, que juzgamos excesivamente probable, se comprende bien que no puede determinarse claramente; y por otra parte, tal determinacion, si fuese posible, ofrecería para nosotros poco interes, porque la especie que dominará entónces sobre la tierra *no será la humanidad* (2).»

Véase cómo un pobre y oscuro pensador adivinaba las disputas que despues tuvieron lugar sobre las teorías de la evolucion, y resolvía decididamente en favor de lo universal y de la progresion de los seres.

(1) Nuestra corta experiencia nos ha permitido notar dos hechos: Casi todos los niños nacen hoy con los ojos abiertos, siendo regla general lo que antes era excepcion: con la precocidad en el desarrollo físico, coincide también la precocidad de desarrollo intelectual. Estos dos hechos, que responden á la ley del progreso, vienen en apoyo de la hipótesis universalista.—T-S.

(2) *Avenir de la terre*, páginas 157 y 158.—Pezzani.

(1) *Philosophie de la nature*, Vera.

No se puede negar que Darwin, aunque limitado á la tierra en apariencia, es un universalista por su teoría de la evolución progresiva del gran todo, y por la parte exigua é incompleta de las leyes que ha descrito respecto á nuestro planeta para explicar esa evolución. Añadamos á ellas nuestros puntos de vista más grandiosos, más elevados, porque son más completos, pero hagámosle al menos la justicia que merece.

Paralelamente á esa escuela del transformismo, que tantos servicios ha prestado para seguir los desarrollos del sér en todos los mundos, se levanta otra no menos pujante, que ha demostrado científicamente la antigüedad del hombre, haciéndole ascender primero á cuarenta mil años (edades glaciares y preglaciares), y después, por nuevos descubrimientos, á ochenta ó cien mil años (plioceno y mioceno superior). Es un hecho hoy indudable que las cosmogonías antiguas, sea que fijasen en seis mil ó en diez mil años el nacimiento del hombre, no han relatado más que consejas, paparruchas, fábulas, mitos. El hombre apareció simultáneamente en todos los puntos del globo donde las condiciones fueron propicias, y no irradió de un solo punto, al menos el hombre primitivo, que necesitó muchos años para civilizarse y para crear el lenguaje primero de interjección, de gritos y monosilábico. El hombre ha sido contemporáneo de animales que han desaparecido, según las pruebas recogidas en diversos países, pruebas que se multiplicarán en el porvenir. La fecha de la aparición del hombre sobre la tierra debe remontarse á ochenta mil años, si no es más.

Numerosos trabajos recientemente publicados dan luz sobre estos puntos, contribuyendo á esclarecerlos la multitud de universalistas que hoy se consagran á ese estudio. Debe mencionarse en especial á Camilo Flammarion, que dichosamente llega cuando yo me dispongo á partir.

### VIII.

Camilo Flammarion, inspirándose en la tradición de las verdades iniciadas, en la creencia de todos los pueblos cuya historia ha trazado (*Mundos imaginarios y mundos reales*), trata la cuestión de la habitabilidad de todos los globos del universo, y puede decirse que después de él nada hay que hacer: la cuestión está resuelta. Nosotros hemos intentado llegar al mismo resultado en lo que se refiere á la pluralidad de las existencias, sin gloriarnos de haber conseguido el objeto tan bien como aquel sabio escritor. Pero, en todo caso, los dos hemos trabajado por el universalismo y por la evolución.

Resumiendo la ciencia astronómica de sus predecesores, ha demostrado que aún en nuestro pobre

torbellino solar había planetas más felizmente dotados y constituidos que la tierra, para la dicha de sus habitantes. Léanse los admirables tratados de Camilo Flammarion, *Pluralidad de los mundos habitados*, *Los mundos reales*, *Dios en la naturaleza*, *Los últimos días de un filósofo*, *Lumen*, *Las maravillas celestes*, *Contemplaciones científicas*, *Historia del cielo*; y si después de esto se duda de una verdad tan positiva, tan general, tan fundada como es la habitación de los astros, única que nos da la solidaridad del cosmos y la noción del gran todo, tómese la pena de leer las obras menos autorizadas, pero sin embargo concluyentes, del autor del presente escrito, *Exposé d'un nouveau système*; *Dieu, l'homme, l'humanité et ses progrès*; *Essai sur les mystères anciens*; *Passim*; *Principes de la moral*, coronadas por el Instituto de Francia; *Pluralité des existences de l'ame* (1); *Nature et destination des astres*, y habrá que convenir en que no hay nada más probado, más cierto matemática é indubitablemente.

Nuestros fisiólogos, nuestros psicólogos no han apercibido más que el movimiento terrestre, manteniéndose fuera de lo universal; por eso sus recomendables trabajos bajo el solo punto de vista de la tierra no han llegado más que al movimiento planetario, sin elevarse al conjunto, y sin poder, por consiguiente, afirmar ninguna ley general.

Casi todos nuestros sabios profesan el odio santo respecto al *extra-humanismo*. Concedo que se proscriba como tenebrosa y absurda la expresión de *supernaturalismo*, porque nada hay en el cosmos que esté fuera de la naturaleza del sér ó de los seres. Admitir especialmente lo sobrenatural respecto á la gran mónada, al Eterno, al Padre celeste, es una contradicción, un despropósito; es afirmar la nada, pues equivale á decir *sobredivino* y *sobreuniversal*. De la misma manera, servirse de la palabra *sobrenatural* respecto á los diversos seres de la creación, es entrar en una logomaquia sin fin, pues habrá entonces un *sobrenatural* para todo lo que pasa más allá de las especies variadas de seres. La naturaleza del mono sería sobrenatural para la del pez, la del perro para la del reptil, para el hombre la de las humanidades superiores, y para todos la de Dios; pero no, la expresión sería también falsa, porque hay entre los seres y Dios las relaciones naturales y determinadas que deben existir.

Comprendo muy bien, por el contrario, que cada mónada, desarrollándose progresivamente, alcance poco á poco diversos grados de las categorías de los seres; comprendo que para todos los seres contingentes que habitan el Universo haya seres inferiores ó superiores ó iguales que no son ellos. Por

(1) Traducida al español.



eso yo llamaría *extra-humano, infra-humano, sobre-humano* á los otros habitantes del cosmos, según su grado respecto á la humanidad terrestre; y como creo en la penetración de todos los globos, en su influencia recíproca, en la solidaridad general, admito que, en ciertas circunstancias, hay intervenciones *extra-humanas*.

En mi última obra (*Philosophie nouvelle*) consagro á este asunto un capítulo que invito á leer y meditar (1). Mucho se ha atacado al espiritismo, sin razón por los principios universalistas, sin razón también por sus tendencias extrahumanistas; pero con razón y con buen sentido, contra el charlatanismo, las supersticiones místicas y el fanatismo que, á pesar de la cordura de sus escritores más autorizados, hubieran podido invadirle. Ahora bien, tememos sobre todo al fanatismo y á la superstición, por más verdadera que, en algunos de sus puntos de vista, nos parezca una doctrina.

Nuestro siglo, que tiene el gran defecto de querer aislar á la tierra en el orden universal, de no considerar más que el elemento sensible, ha soñado, sin embargo, en un pensamiento de unión de los mundos, pero ha soñado experimentalmente. Algunos astrónomos, sea ilusión de su parte, sea realidad, han creído apereibir, en muchos planetas vecinos, puntos luminosos que parecen artificiales, puntos de mira, puntos de interrogación singulares, como si denotasen que sus habitantes nos buscan, nos llaman, se inquietan por nosotros y quieren establecer señales comunicativas. Las corporaciones sábias han hablado de ello en el extranjero como en Francia. No sabemos lo que resultará de esas investigaciones, curiosas seguramente, y que demuestran las creencias del público. Para nosotros no tendrá más valor el hecho porque se atestigüe sensiblemente y con experiencias visibles, pero al menos no podrá ser negado por las gentes vulgares y materiales.

Estoy convencido de que estas últimas palabras que dirijo al público encierran la verdad; que la plaga de la humanidad actual consiste en el aislamiento en que se ha colocado. Si nos hubiera sido posible abordar el orden religioso, el político, el social, habríamos demostrado que el gran mal es el egoísmo, que da origen á la salud individual, especial y privilegiada por cuya conquista Brahmanistas, Budhistas, Parsistas, Mosaistas, etc., etc. se anatematizan recíprocamente y quieren permanecer en sus iglesias respectivas, en lugar de comprender que la salud, es decir, el progreso, no puede realizarse más que por la unión: en el orden político tendremos, siguiendo así, eternamente *el crimen de la guerra*, que sólo puede ser conjurada por la fe-

deración de los pueblos; en el orden social, todas las dificultades que perjudican á la producción, el consumo y la repartición de las riquezas; y todo ello por olvidar la ley universal que concurre á la armonía de los mundos.

¿Pensais que siguiendo siempre los mismos pasos de desprecio hácia lo que os rodea no os exponéis á los mayores peligros, que confinándoos en el ateísmo y el materialismo grosero, que resultarán tarde ó temprano de vuestro aislamiento, no incurris en un gran mal?

Volvamos la vista á lo universal, y pensemos que egoístas, solitarios, no seremos nada cuando podemos aspirar á tan altos destinos.»

## IX.

Reasumiendo.

«A nuestros ojos la verdadera filosofía es el *universalismo*.

El cosmos, es decir, el conjunto de todo lo que existe, está unido por un lazo solidario desde su desarrollo. De un lado, mundo de las formas, organismos en las diversas estaciones del cielo, globos variados hasta lo indefinido y constituyendo un mismo todo unido por reacciones recíprocas; de otro lado todos los seres, comunicando los unos con los otros mediata ó inmediatamente, sin discontinuidad, sin cesar y sin espera.

La *característica* primaria de la filosofía es el *universalismo*.

La característica secundaria es el *evolucionismo*, es decir, el desarrollo por el doble movimiento de las mónadas en estado de incoación trabajando en el mundo de las formas sobre los diversos planetas, y de las mónadas zóicas y anímicas que vienen á elaborarlo. Respecto á la primera evolución, paralela á la segunda, es preciso escuchar á Darwin y sus discípulos, en lo tocante á la evolución terrestre; á Camilo Flammarion en lo que concierne á la evolución cosmológica. Respecto á la segunda evolución, es preciso seguir á Dupont Nemours, Ballanche, Juan Reynaud y al autor de este escrito. Todos son evolucionistas y universalistas, caminando por vías y medios diferentes hácia las mismas conclusiones en cuestiones que sólo son diversas aparentemente, y proclamando todos la solidaridad del cosmos y la progresión continua de los seres. Darwin para las formas de la tierra, Flammarion para las del cielo, y nosotros para los seres que vienen á animarlas.

Nuestros pensamientos son verdades de toda eternidad, porque expresan el orden moral, universal, las leyes generales, el conjunto y el lazo de todas las cosas. Sólo ellas son compatibles con la majestad del SÉR, del ordenador supremo.

En efecto, rechazamos *la emanación* que por dis-

(1) Introducción, páginas xc á cii.

minuciones continuas y degradaciones de esencia conduce al nihilismo, á la nada y á la muerte, como han enseñado Schopenhauer y Hartmann.

Rechazamos el *processus circular* de Hegel, que no admite el progreso.

Lo mismo es la detencion completa del desarrollo del cosmos, en un tiempo arbitrario; y por una parte la parada de algunos seres en el bien, lo cual sería estúpido, porque más allá del bien hay siempre lo mejor; por otra parte, la parada de ciertos seres en el mal, que sería más estúpido aún, porque las leyes universales, el orden moral y racional han colocado la reparacion al lado de la falta, la rehabilitacion al lado de las caidas. Con lo cual claramente se ve la superioridad incontestable de la ley evolucionista y progresiva de todo lo que existe. Todo cuanto se haga por destruir esta grande y eterna verdad, serán esfuerzos impotentes.

¿Quiere decir esto que nada se puede criticar en nuestra filosofía, que nada se puede añadir ni quitar? Sería absurdo pensarlo así; sería blasfemar contra el progreso. Darwin, viniendo despues de sus precursores en la antigüedad, y entre los modernos despues de Robinet, Telliamed, Lamarck, Oken, Kant, Goethe, Wallace, sólo tiene el mérito de haber llamado la atencion sobre el gran hecho de la *concurrency vital*, de la *seleccion natural* y de la *seleccion sexual*. Flammarion tambien debe mucho á sus predecesores Giordano Bruno, Campanella, Nicolás de Cusa, Copérnico, Galileo, Fontenelle, Bonnet, Ballanche y Juan Reynaud. Yo he tomado de los sistemas que me han precedido, purgándoles de lo que he creído sus errores; mi mérito, si le hay, es haber concebido la unidad de raza de todos los seres, de las formas lo mismo que de las mónadas zóicas y animicas; haber comprendido la identidad de pensamientos y esfuerzos de todos los universalistas, para los que el evolucionismo debe ser el elemento comun. He desarrollado la teoría del doble movimiento y su equilibrio que lo regula todo; el agente universal que domina todas sus manifestaciones, ese grande Océano que envuelve á todos los seres y les sirve de comunicacion en el cosmos infinito. He añadido á Darwin, como la causa más eficaz del transformismo, *la energía y la accion de las mónadas* sobre las formas cósmicas que vienen á mover.

El verdadero universalista jamás se inquieta por los primeros orígenes, sino por los segundos solamente; reconoce siempre al gran Creador.

Darwinistas, evolucionistas de las formas de la tierra; Flammarionistas, evolucionistas de las formas del cielo; Pezzanistas, evolucionistas de los seres psíquicos; todos conspiramos á un mismo fin.

Desde 1837 predico la evolucion de las almas; predico el universalismo, el pan-monadismo y el

pan-psiquismo; predico el extrahumanismo, la penetracion de todos los mundos, la solidaridad de todos los seres; todos mis escritos van á ese objeto.

Despues, dos eminentes pensadores, Darwin y Flammarion, han venido á probar: el primero, que la evolucion era la ley general para los organismos terrestres; el segundo, para los organismos cósmicos; es la misma doctrina aplicada á diferentes puntos de vista, convergentes todos á idéntico resultado. Confinarse en el aislamiento, es protestar contra las leyes eternas, contra el Padre celeste, contra todos nuestros hermanos que pueblan el cosmos. Dirigid las miradas al cielo, que las humanidades hermanas tienden los brazos desde todos los mundos estelares que habitan; entrad en la fraternidad y la solidaridad, cuyo lazo comun es nuestro Padre, ese gran desconocido que nos preside. Es una locura culpable creerse las únicas criaturas privilegiadas; no podemos elevarnos más que por el conjunto, no se puede progresar más que por el amor universal.»

#### X.

Hasta aquí Pezzani, cuyos «últimos pensamientos» hemos transcrito. Es necesario, dice él mismo, releer y meditar muchas de las páginas de su obra, con que se podrían escribir volúmenes; pero el extracto que damos á conocer por primera vez en España, basta para demostrar que si la filosofía espiritualista y la religion no han de perecer á los embates de las escuelas materialistas y del escepticismo, preciso es edificar la creencia del porvenir sobre las teorías universalistas, preparando así la gran transformacion social que ha de verificarse por la renovacion religiosa.

Se acusa de ineficacia á la escuela moderna que, fundada en los principios expuestos, viene á realizar el sintetismo de la ciencia humana; podrán ser prematuras sus afirmaciones; tendrá que completar sus demostraciones, con los progresos de las ciencias particulares; necesitará, tal vez, combatir los mismos principios que se propone salvar; pero seguros estamos de que no se nos opondrá hoy otro más alto ideal.

El dia que se nos presentara, seríamos los primeros en admitirlo. Nunca es intransigente el desinteresado amor á la verdad.

EL VIZCONDE DE TORRES-SOLANOT.

## DISPUTA

## ENTRE UN BURGALÉS Y UN VIZCAINO,

SOBRE LA LEALTAD, HONRA, HIDALGUÍA Y LIMPIEZA  
DE CASTELLANOS Y VASCONGADOS.

## VI.

Las declaraciones del corregidor Sarmiento en favor de los vicuñas introdujeron la confusion en el partido vascongado, cuyas filas abandonaron cuantos prevían las desdichas que los defensores de su causa iban á sufrir, huyendo unos con sus familias é intereses á varias poblaciones, y retirándose otros á las inmediatas casas de campo, en tanto que los más decididos, queriendo suplir el número con la fiereza de la desesperacion, se jugaban el todo por el todo, jurando ántes morir que ser vencidos. Y es que en las luchas civiles fácilmente llega á imperar el absurdo, cuando los representantes de la autoridad legítima carecen de las dotes necesarias ó fomentan con actos inconvenientes las pasiones que tienen el deber de calmar.

De la escasa aptitud gubernativa de Sarmiento y de la situacion desesperada de los vascongados nacieron pronto nuevos, numerosos y gravísimos conflictos. A los dos dias del incendio de una parte de la casa de Oyanume (26 de Agosto), fué esta asaltada otra vez por 80 vicuñas, quienes, venciendo la valerosa resistencia de los vascos, obligaron á Oyanume, al Veinticuatro Berasátegui y á los pocos que pudieron seguirles, á abandonar la poblacion, despues de ver morir heroicamente al capitan Santiago de Azpeitia y á 46 más de los suyos. Ensoberbecidos los vicuñas por la victoria, se atrevieron á ejecutar la más grave de cuantas demostraciones contra la autoridad habían hecho hasta entónces, presentándose al dia siguiente en la plaza del Gato, y quitando del rolo las cabezas de D. Alonso Yañez, del alférez Florez y de los otros que cuatro años ántes (1617) hizo ajusticiar Hortiz de Sotomayor, á instancias, segun se dijo, de los vascongados; en cuyo sitio pusieron un rótulo expresando «que mentía cualquiera que dijese que estaban allí por traidores al Rey, y que en su lugar pondrian ciento de sus enemigos como constantes inquietadores de la república.»—Oyanume al salir de Potosí tomó el camino de Tarapaya, seguido de 200 vicuñas, quienes, no hallándole en su finca, escalaron la casa, matáronle los caballos y cometieron otros desafueros; aunque nada le llevaron en aquella ocasion y si unos dias despues, en que los malvados, que á la

sombra de las revueltas vivían, le robaron algunos miles de marcos de plata.

Displicentes los vicuñas al otro dia de estos atropellos por no tener con quien pelear, la emprendieron entre ellos mismos, por no conformar las voluntades en un mismo candidato, al verificarse la eleccion de su capitan general; muriendo en el encuentro hasta 30 hombres, y resultando 40 heridos. Pero al siguiente (30 de Agosto), habiendo visto entrar al capitan Oyanume en la casa del Factor de la Real Hacienda D. Bartolomé Astete, á cuya mujer iba á visitar; unidos fueron ya en busca de su contrario; derribaron las puertas é invadieron los aposentos, despues de huir los que dentro estaban; y suponiendo que Oyanume se retirase otra vez á Tarapaya, allá se dirigieron algunos de los más valientes vicuñas, capitaneados por el pastor andaluz Andrés Sarco, quien volvió luégo con su gente á la villa, disgustado por no haber tenido ocasion de reñir la batalla con que pretendía concluir el mes de Agosto.

Apelando á las súplicas, ya que los medios enérgicos no los podía emplear Sarmiento, rogó á Oyanume que para disminuir los conflictos que su presencia en Potosí producía se marchara á Chuquisaca; lo cual hizo el caudillo vascongado el primer dia de aquel mes de Setiembre que tan tristes recuerdos dejó en los habitantes de la imperial villa. Y en efecto, aquel mismo dia, advertidos los vicuñas de la determinacion del capitan vasco, salieron á los caminos para detener á cuantos fueran á juntarsele, y mataron á Sancho Burquera y otro vizcaíno. Al dia siguiente, queriendo vengar estas muertes, San Juan de Vidaurre asaltó con los suyos la casa del pastor Andrés Sarco, y mató á los seis vicuñas que en ella estaban. El 4 hubo tambien refriega, pero entre los propios vicuñas, por haber cortado unos criollos la cara al secretario Triana, lo cual lanzó á los andaluces sus compatriotas, y aún á los extremeños y castellanos contra aquellos, moviéndose tal confusion en la villa, que hubo necesidad de tocar á rebato y de salir á la calle el presidente D. Diego de Portugal y el general Sarmiento con la gente de su guarda para cortar las diferencias, que no concluyeron hasta que los contendientes se cansaron; pues el Corregidor no consiguió más que oír en sus propias barbas, «que él tenía la culpa de aquellos alborotos,» ni pudo hacer ménos que soltar los presos cogidos con las ensangrentadas armas en las manos. El 5 tuvieron cuatro reencuentros los de este mismo bando, y con tan bárbara saña que, sin respetar amistad ni parentesco y movidos solamente de la pasion y de su espíritu de provincialismo, se mataban unos con otros, resultando este dia 63 hombres muertos entre ambas partes. El 7 mataron los vicuñas á un sastre y sus

\* Véanse los números 117, 118, 120 y 121, págs. 441, 497, 586 y 611.

oficiales porque, habiéndoles ántes prevenido que no cosiesen obra para los vascongados «hallaron en su tienda unos jubones estofados para ellos.» El 8 dieron otro asalto á la casa de Oyanume, defendida por Vidaurre y por el mozo Pedro, hijo natural del caudillo vascongado, que se dió á conocer por primera vez en este dia, arrojando la cuerda encendida de su arcabuz sobre un saco de pólvora que había en el almacén de la plata de su padre, donde estaban los vicuñas, de los cuales mató la explosión algunos. Otro combate se riñó el 12 en el cerro de Munay-Pata entre vicuñas y vascongados, con resultas también de muchos muertos y heridos; y tanto menudearon las pendencias, y tanto se encendieron los odios y la sed de sangre, que desde este dia 12 hasta el último del mes se riñeron 52 combates. Verdad es que no excedía en mucho la proporción de lo que correspondió á los otros meses del año, si se tiene en cuenta que durante todo el de 1622 se riñeron en Potosí y sus arrabales seis encuentros de poder á poder entre los dos bandos, que bien podían llamarse batallas sangrientas, y 560 pendencias entre cuadrillas y particulares, en las que murieron 732 hombres de varias naciones ó provincias de España, y más de 500 entre mestizos, indios, negros y mulatos. ¡Tristes cifras sacrificadas á las pasiones que la prosperidad engendra, y originadas por debilidades de gobernantes ineptos!

## VII.

Convencido el infortunado Sarmiento, de que no eran sus fuerzas suficientes para seguir desempeñando en semejantes circunstancias un cargo que tanto le hacia padecer, manifestó más de una vez al Virey sus deseos de ser relevado; y mientras el anhelado reemplazo llegaba, cuidadoso sólo de escapar con vida de Potosí, todo lo intentó, sin perdonar medio, para contener las demasías y sosegar los ánimos de sus súbditos. Creyó que el mejor modo para conseguirlo era divertirles, y al efecto dispuso que se hiciesen fiestas por el advenimiento al trono del rey D. Felipe IV, y se celebrasen á continuación de las que anualmente á su patrona la Purísima Concepción dedicaba la rica villa. Con verdadera alegría se recibió la nueva; y aquel pueblo, que ni un momento podía estarse quieto, suspendiendo las luchas con el mismo calor que las emprendía, dedicó toda su actividad á prevenir galas, libreas y caballos para competir en la que al cabo venía á ser nueva guerra, aunque de vanidad y ostentación.

Con fiesta de iglesia, cual era costumbre y lo es todavía en nuestros pueblos católicos, comenzaron los regocijos, en los que, según acuerdo del Cabildo, debían, entre otras diversiones, correrse toros y jugarse cañas. Pidieron para este juego los vicuñas al Cabildo que una de las cuadrillas la diese

á los vascongados; mas esto negaron prudentemente las autoridades, temiendo, y con razón, que el regocijo se ensangrentase con actos de venganza, y eligieron para dirigir las dos cuadrillas á D. Pedro de Andrade, caballero gallego y fomentador oculto de los vicuñas, y al contador Alonso Martínez Pastrana.

Suponiendo que al lector no desagradará conocer las formas de festejar usadas por los habitantes de Potosí en el siglo XVII, ni le pesará tampoco saber cómo entónces se corrían los toros, voy á transcribir algunos párrafos de los que sobre aquellas fiestas escribieron los historiadores mencionados.

«A los quince dias de Diciembre, dice Arranz de Ursua, se vieron hechos en la plaza del Regocijo muchos tablados y andamios, y trajeron sesenta toros de los más bravos que se crían en las provincias del Tucuman. A las noticias de aquel contento vino mucha gente de los lugares circunvecinos, creyendo que no habría ya guerras, pues se hacían tan ricas fiestas. Estando el primer dia metidos los toros en el coso que tenían hecho á la entrada de la plaza, y siendo las dos de la tarde cuando querían comenzarlos á jugar, llegó de Chuquisaca el Presidente D. Diego de Portugal con mucha gente de guarda que, temiendo no fuese ocasión aquellas fiestas de la total pérdida de Potosí, había caminado á la posta para hallarse en ellas y evitar algún daño si pudiese. Alborotóse la plaza por entender era alguna traza de rompimiento contra los castellanos vicuñas; los cuales, creyéndolo así, se arrojaron de los tablados y todos corrieron á sus casas á tomar sus arcabuces; y estando ya juntos y armados, les dijeron la buena intención del Presidente, con que todos se sosegaron y volvieron á sus tablados y miradores.»

«Estando ya todo en quietud y el Presidente, Corregidor y Cabildo puestos en sus señalados miradores, serían las tres de la tarde, cuando se comenzaron á correr los toros; y habiéndose ya jugado hasta seis, soltaron al más feroz que había, el cual dió vuelta á la plaza derribando é hiriendo á cuantos topaba, y después de haber muerto dos hombres y herido á otros nueve, entró á la plaza D. Francisco Castillo, natural de esta villa, sobre un caballo brioso; era chileno, color castaño; la silla era de filigrana de plata, y los estribos de lo mismo. Traía vestida este caballero una rica ropilla toda bordada de lazos de oro, y cubierta de aljofar; parecía estar sobre tela de plata la obra; por bajo de la ropilla se mostraba un buen colete de ante amarillo, sobre el cual traía una tela de plata azul, que se veía por los menudos resquicios de una acerada cota; esta venía guarnecida los cabos en cerco con ricas perlas: cubría su cabeza un rico sombrero negro; el plumaje era negro; el penacho del caballo también

negro. Traía en la diestra mano una gruesa lanza y en la izquierda una rodela; en ella estaba pintado el Cerro con las armas de Potosí, y en círculo el *non plus ultra* con letras de oro fino; á un lado del Cerro estaba de buena pintura un castillo con una letra que decía: *Yo le guardo*. Entró tan brioso que á todos dió gusto, y á sus contrarios temor.»

«Acompañábanle doce alabarderos todos bien armados, y sobre las armas unas vestiduras de tela nacar, los sombreros de vicuña, y los plumajes rojos, y venían seis por cada venida. Dieron vuelta á plaza y llegaron á los miradores del Presidente y Cabildo; se inclinó cuanto pudo, y pidió licencia para lancear al bravo toro. Diéronsele, y picando el caballo, partió como una saeta; paróse en medio de la plaza y aguardó al fiero toro, el cual llegó después de haber volteado dos alabarderos: salióle al encuentro el valeroso Castillo, con determinación de derribarlo de la primera lanzada; pero aún antes que la pusiese á punto del acierto, llegó el toro con tal presteza, que no tuvo más tiempo que picar con gran fuerza su caballo, de suerte que le hizo dar un gran salto en el aire. Con esta diligencia pudo desviarse un tantico, que á no hacerlo así, lo hubiera herido; mas con todo eso fué tan á raíz del estribo derecho el cuerno del toro, que llegó á la cincha, y sin herir al caballo la rompió y quedó en dos pedazos. Viendo el fuerte mozo malogrado su intento, no haciendo caso de ver descinchada la silla, revolvió furioso el caballo porque segunda vez le acometía el toro, y aunque todos le dieron voces dejase la peligrosa suerte, no hizo caso, ántes detuvo el caballo y esperó al toro, que desde trecho largo venía con la cabeza baja para ejecutar su golpe, y llegando al caballo le dió Castillo tan fiera lanzada en la nuca que le derribó en el suelo, y á un mismo tiempo cayó el mozo con la silla sin soltar la rienda. Paróse un momento, y revolviendo con ligereza, saltó en el caballo y corrió hácia los miradores del Presidente, dejando la silla en el suelo y al bravo toro muerto. Hizo su acatamiento al Presidente y Corregidor, y todos quedaron admirados de su buena suerte. Trajéronle otro caballo, y dando vuelta á la plaza, se salió de ella dejándola muy alegre; prosiguiendo el divertimento en ver los bravos toros. Aquella noche pusieron fuego algunos vicuñas al tablado que tenían hecho los vascongados y navarros; los cuales secundaron y fueron contra una cuadrilla de vicuñas que estaba en la plaza: riñeron muy bien con las espadas y mataron dos vicuñas y un vizcaino; á quien el siguiente día hallaron sin cabeza.»

El segundo día de fiestas, después de haberse corrido algunos toros, entraron gallardamente vestidos en la plaza de seis en seis los andaluces, castellanos, portugueses y extremeños, á jugar alcan-

cias. El tercer día, después de corridos algunos toros, fué el juego de cañas; precediendo á éste la entrada de 50 indios ricamente vestidos á su usanza, llevando una inmensa fuente de plata llena de colación para obsequiar á las autoridades y á las damas, seguidos de 12 negros atabaleros vestidos de raso verde y encarnado, montando briosas mulas, y de 100 arcabuceros con vestidos de paño de Lóndres guarnecidos de oro; y entraron por fin las cuadrillas, capitaneadas por Alonso Martínez Pastrana, quien llevaba pendoncillo rojo en su dorada lanza, y pintada en la adarga una espada de cuya punta ensangrentada se destilaban gotas de sangre y unas letras que decían: «Por la expulsión se derrama.» Jugaron alcancias, en tanto que los arcabuceros disparaban, y salieron de la plaza después de hacer un diestro caracol. Retirados los justadores, se presentó la Fama sobre un ligerísimo caballo con rica corona en la cabeza y alas de vistosas plumas, dió una vuelta á la plaza y salió también sin parar; entrando luego los naturales indios con muchos instrumentos hechos de cañas huecas y calabazos plateados, cuyo sonido, si no enfadoso, gustaba ménos que el de los armónicos órganos llamados ariches; cuyos indios, con sus caciques á la cabeza, luciendo vistosas galas y riquísimos llaitus de perlas y piedras preciosas, formaron en media luna esperando la cuadrilla del capitán D. Pedro de Andrade, quien venía riquísimamente vestido, llevando pintado en su adarga el Cerro de Potosí, y en él unas cabezas de hombres que desde la cima volteaban cerro abajo, con una inscripción que decía: «Si se alzaron, ya cayeron;» y últimamente, siguiendo á este fiero enemigo de la nación vascongada, se presentó movido por artificio el Gran cerro de Potosí todo de plata, con listas esmaltadas que mostraban sus ventas y desmontes, el cual por sus fuentes despedía chorros de olorísimas aguas que llenaban el aire de fragancia. De pronto abrióse aquella inmensa mole, y saliendo de su seno 40 mineros, fingieron una escaramuza bajando del cerro á la plaza, montaron en los caballos ya dispuestos y jugaron cañas con las gentes que D. Pedro de Andrade capitaneaba.

Bramando de cólera estaban los vascongados en su tablado, puesto debajo de los miradores del Presidente y del Corregidor, al ver los enigmas y letreros contra su nación, cuya cólera manifestaron tan pronto como las fiestas y el año de 1622 concluyeron, prosiguiendo las contiendas con mayor ensañamiento.

En los primeros días de 1623, San Juan de Vidaurre y otros vascongados encontraron cerca de Guaina al Contador Alonso Martínez Pastrana, y echándole en cara la pintura de la espada ensangrentada que en su adarga presentó, arremetieron

con él, dejándole muy mal herido. Otros varios encuentros ocurridos en Enero, demoraron hasta el siguiente mes la entrega de varas á los Alcaldes ordinarios, cuyos cargos pretendían los vascongados para el mismo capitán San Juan de Vidaurre y Sancho de Madariaga, mientras el pueblo, vicuña en su mayoría, presentaba candidatos á Pedro de Andrade y Alonso Martínez Pastrana. Cortó el Virey esta discusión, mandando al Presidente de las Charcas que nombrase dos hombres desapasionados y prudentes (siéndolo Juan Ortiz de Medina y D. Diego de Toledo, que entrambos tenían más de sesenta años), y previniendo á S. E. que remediase los daños de Potosí en tanto que llegaba el Corregidor D. Felipe Manrique, que acababa de ser nombrado para reemplazar á Sarmiento.

Conocida esta elección por los vascongados, emprendieron la fuga muchos, dirigiéndose desde Potosí á las Chichas y Chuquisaca, donde Oyañume y Berasátegui continuaban, para acordar con estos lo que respecto del nuevo Corregidor convenía hacer. Entre tanto, los vicuñas, temiendo las influencias que cerca de Manrique movieran sus adversarios, estrecharon la persecución y tiranía, hasta el punto de entrar en las iglesias á perquerir si entre los que á la misa asistían había algún vascongado, como lo hizo el pastor Andrés Sarco, armado de su arcabuz y con el sombrero calado, con gran escándalo de los fieles é indignación del sacerdote, que prorumpió al verle: «Ya ese hombre está sin Dios, pues aun en su sagrada casa entra en busca de sus enemigos;» por lo cual el pastor fué aquella noche á buscarle, y no queriéndole el portero abrir, le dió este encargo: «Dile al predicador de esta tarde, que si tú me abrieras, yo le hiciera que no se señalara en público con mi persona.»

Atropellos de este género se cometían á cada paso, sin que Sarmiento tratara ya de corregirlos, y mucho menos desde que supo que el 25 de Febrero había entrado en la ciudad de la Plata su sucesor el general D. Felipe Manrique, quien al recibir los más cariñosos parabienes de Francisco Oyañume y sus vascongados, y ser enterado minuciosamente, aunque con cierta pasión, de las atrocidades de los vicuñas, que les habían obligado á huir de Potosí, les prometió que pronto volverían á la villa y castigaría duramente á aquellos vicuñas. Pronto supieron éstos lo tratado entre el nuevo Corregidor y los vascos, y determinaron no dejar entrar en Potosí á sus enemigos y matar al Corregidor si se empeñaba en defenderlos. Así las cosas, huyeron de la villa los vascongados que quedaban, quienes, al presentarse en la Plata, excitaron con sus relaciones hasta tal punto el ánimo de Manrique, que considerándolas exageradas, envió allá á su sobrino don Francisco Esquivel para que minuciosamente se in-

formase de la actitud de los vicuñas, á la vez que, con el apoyo de la Audiencia de la Plata, reunía numerosas fuerzas para ir á tomar posesión del cargo.

A punto estuvo Esquivel de ser asesinado, y los que erraron el golpe, temerosos de lo que pudiera ocurrirles, abandonaron la población, retirándose con otros vicuñas á los caseríos y fincas inmediatas á esperar la marcha de los sucesos.

#### VIII.

El lunes 1.º de Mayo de 1623 entró en la imperial villa el general D. Felipe Manrique, décimo-cuarto Corregidor de Potosí, acompañado de 300 hombres bien armados, de los que 130 eran vascongados y navarros y procedían de los refugiados en Chuquiabo, Oruro, Chuquisaca y otros pueblos; no yendo entre ellos el capitán Oyañume, ni el Veinticuatro Berasátegui, por haberles mandado Manrique quedar en la Plata hasta que les avisase.

En cumplimiento de las órdenes comunicadas por el virey D. Diego Fernández de Córdoba, marqués de Guadalcazar, salieron todos los vecinos desinteresados en las luchas civiles á recibir al nuevo Corregidor, y el saliente D. Francisco Sarmiento le envió un rico obsequio. No quiso aceptarlo, y como en respuesta á tal fineza mandó que en el primer Cabildo celebrado diese su residencia, la cual le tomó con tanta pasión, que, lastimado su hijo D. Agustín Sarmiento se aunó con los vicuñas para destruir á los vascongados que al nuevo Corregidor inspiraban.

Este, que dió principio á su gobierno con actos de justicia, prendiendo al pastor Andrés Sarco y otros de los vicuñas más turbulentos y mandándolos ahogar, manifestó bien pronto el peor de los flacos que en mandos alejados de la metrópoli puede una autoridad descubrir, cual fué la codicia; y tanto era la que á Manrique cegaba, que, sin miramientos ni consideración al estado y turbaciones del país, acaparó los mantenimientos para venderlos por su cuenta cuando más escaseaban, lo cual y el monopolio en la venta de la coca, artículo indispensable para aquellos habitantes, hizo que los vicuñas ausentes se concitaran y dispusieran á nuevas luchas. Pero en el entre tanto, para obrar sobre seguro y ahorrar derramamiento de sangre, echaron cerca de Manrique á un Antonio Vazquez, criollo, muy rico, quien á fuerza de dádivas supo amansarle apartándole del fervor con que había entrado en el gobierno, y conseguido sin mucho esfuerzo, avisó á sus correligionarios para que cuando más descuidado estuviese el general, viniesen sobre él y le hiciesen experimentar su poder. Al notar los vascongados el cambio verificado tan de repente en Manrique, supusieron si sus enemigos le habrían dado

yerbas para atontarlo, sin pararse en que no hay tóxico que tanto envenene como el oro mal adquirido; y enterados de que los vicuñas tenían ya reunidas cuatro compañías para entrar en Potosí y exterminarles, clamaron cerca de la autoridad, y aún se permitieron convidarles á una pelea, de la que, saliendo derrotados, sólo consiguieron llevar el espanto á Potosí.

Advertido Manrique por los vascongados de las malas intenciones que contra su persona tenían los vicuñas, los declaró traidores por medio de pregon, ofreciendo premio de quinientos pesos por cada uno que se le matase, ó en cambio, el perdón al que tuviese crímenes, aunque fuesen de lesa majestad. Seguidamente dispuso el Corregidor las visitas domiciliarias, alguna de las cuales él mismo practicó, acompañado de un escuadrón de vascongados, prendiendo á cuantos imaginaba ser parciales, deudos ó amigos de los vicuñas, ó poseían armas ó cuchillos, cuyos atropellos obligaron á la defensa aún á los vecinos ajenos á las pasiones de los bandos.

Envalentonados los vascos con este decidido apoyo del Corregidor, y consiguiendo toda su confianza, se vengaron duramente de las demasías ejecutadas ántes por los vicuñas vencedores, y las muertes que hasta allí sólo á espaldas de la autoridad se cometían entre los bandos, ahora las autorizaba con su presencia, llevando su parcialidad al extremo de prender por mera fórmula á los vascongados cuando se les imputaba algún grave delito y dejarles luégo libres y sin castigo ninguno.

Todo esto respondía á haber superado á las de Antonio Vazquez las dádivas y sobornos con que los vascongados trataban de saciar la codicia del Corregidor Manrique, quien no era á la sazón sino un instrumento de venganza de sus agravios personales, de cuyo abuso no podía ménos de originarse, como se originó, la ruina de Potosí. Creyendo los vicuñas insostenible su situación é insufribles tan despiadadas persecuciones, determinaron en el poblado de Ultí, donde en gran número se reunían, matar al Corregidor y seguidamente á todos los vizcainos de la villa, eligiendo al efecto doce caballeros de los más valerosos para entrar en ella apoyados por buen número de infantes.

Enterado el Corregidor de esta resolución, no hizo ningún caso, y aún contestó á los que le aconsejaban se previniese para lo que pudiera ocurrir, que «ante D. Felipe Manrique temblaba toda la tierra,» alardeando tanto de su valor, que la noche misma del seis de Setiembre, en que aquella docena de hombres decididos entraron en la villa, al mando de D. Francisco Castillo, teniendo en poco á tales enemigos y hablando de ellos sólo en tono de mofa, se puso á jugar con sus soldados á los naipes. Sabiéndolo los conjurados, aunque enardecidos por

la irritación que los desprecios les produjeron, acercáronse cautelosamente á media noche, armados de arcabuces y con las cuerdas encendidas, á la morada del Corregidor, donde tropezaron con un centinela avanzado, que al distinguirles gritó: «Señor, señor, aquí están los valientes.» Un tanto les contrarió esto; pero muerto el centinela de un balazo, con grandes voces fingió Castillo que daba órdenes á fuerza muy numerosa, lo cual amedrentó ya á D. Felipe, quien cerrando la puerta de la sala, se metió en la recámara para armarse, acompañado de algunos vascongados, que para mayor seguridad atrancaron la puerta con baules y trastos que allí estaban.

Los ocho vicuñas, únicos que á Castillo quedaban después de haber puesto centinelas en las bocacalles, entraron en busca del general, y creyendo ser muchos los que le guardaban, dieron fuego á la casa y trataron de intimidarles con vivas al Rey y mueras al codicioso y mal Corregidor; y mientras la casa ardía, rompieron las puertas de la sala, arrollaron á los que, espada en mano, les recibieron, y no pudiendo hacer lo mismo con los de la recámara por resistirse la puerta á su empuje, trataron de retirarse. En tanto, Manrique, creyéndose perdido, se arrojó por la ventanilla que daba á un callejón, y por ser herido en un muslo, aunque no de gravedad, por bala de arcabuz vicuña, fué á entrar por la misma ventanilla, recibiendo al verificarlo otro balazo que le arrojó dentro de la recámara. Al oírle los conjurados gritar que le habían muerto, se dirigieron á la puerta de la calle, teniendo que pasar sobre el cadáver del sobrino del general don Francisco Esquivel, que allí les esperaba para disputarles la salida.

Alborotado el vecindario, más que por los tiros á que tan acostumbrado estaba, al ver las amenazadoras llamas del incendio, echó á vuelo las campanas, y acudieron diligentes á apagar el fuego hasta los mismos vicuñas, que, escondiendo los arcabuces, se acercaron á presenciar el fin del desastre que habían promovido. El herido general fué sacado de la recámara, y los que con él estaban, entre ellos Sancho Madariaga que de muy valiente presumía, quien, al oír allí mismo decir á un indio que los vicuñas invadían la villa en formidable escuadrón, echó á huir desalado á refugiarse en un convento, por lo cual el poeta historiador Juan Sobrino le cantó estos versos:

«Huye Sancho Madariaga;  
Renuncia á su omnipotencia;  
No busca huecas razones,  
Sino el hueco de una celda.»

En medio de aquella confusión, y en tanto que unos eclesiásticos con ciertos vecinos recogían al

Corregidor de entre unos colchones, donde se había escondido por consejo de Madariaga, los vicuñas esparcidos en los grupos iban preguntando si había «caído el *hacho*,» creyendo que Manrique hubiese muerto; pero á poco salieron de su error viéndole trasladar á las Cajas Reales, donde á toda prisa se había instalado una guardia formada por los señores azogueros. Allí fué á curar al Corregidor el clérigo y doctor D. Diego Iparre, quien, como le oyese expresar con gran despecho y rabia al resistir que le curasen, tuvo que encargarle mirase por su alma, que estaba en riesgo de perderse, cuya exhortacion refiere el poeta Sobrino en estos términos:

«Conviértase al Criador  
Y haga larga penitencia,  
Mire que son aldabadas  
De Dios las balas que lleva.  
Tema al coco del infierno  
Y más coca no despenda,  
Porque esta coca ante Dios  
En su tribunal desflema.»

En un desmayo cayó D. Felipe cuando el doctor Iparre le reconocía, y repuesto á los pocos momentos, se puso en pié, y dirigiéndose al público manifestó que sólo por sosegar la inquieta villa había seguido aquella política tan mal correspondida. Y continuó así: «Bien podeis de aquí en adelante mataros y comeros á bocados unos á otros, que yo me alegraré si lo veo, pues por guardaros justicia me han muerto, y sin culpa ninguna han hecho lo mismo de los que con mi persona estaban: muerto es mi sobrino, que en nada ofendió á ninguno: ved que rigor...» Al llegar aquí se le trabó la lengua y desmayóse de nuevo; y alborotada la gente al oír al desdichado Corregidor, prorumpió en muéras á los vicuñas, miéntras los eclesiásticos, tomando en brazos al herido, le subían á la sala del Ayuntamiento y le acomodaban en la cama, donde fué curado con esperanza de mejoría.

Presenciada por los vicuñas la manifestacion popular, y sabido que había sido avisado á Tarapaya D. Diego de Portugal para que se encargase del gobierno, salieron de Potosí disfrazados; y montando en los caballos que les esperaban fuera de la poblacion, bajaron á Contumarca, riñendo de paso un combate con los vascogados que había en el ingenio de Juan Domingo, del que resultaron muertos Azcoitia y Vergara.

D. Diego de Portugal salió de Tarapaya con las dos compañías que pudo reunir, y temiendo que los vicuñas acometiesen á Potosí, se fué á Chuquisaca, dejando la villa sin una cabeza que con prudencia y valor la defendiese. El Cabildo reclamó entonces del Virey y de la Audiencia de la Plata la presencia del Presidente, el cual se negó rotundamente, pues, segun decía, amaba mucho su vida y

no quería perderla entre bárbaros; por cuyo motivo la Audiencia despachó en su lugar al Oidor D. Diego Muñoz de Cuellar. Enterados de esto los vicuñas que permanecian en Ullti, y que el Oidor pregona que haría gran justicia con los de su nacion, determinaron pasar á Chuquisaca con 50 caballos y 100 infantes, dando al efecto órdenes á los suyos que estaban en Porco y en Chichas, para que cuantos allí se hallasen acometiesen á Potosí. Volando rápidamente la fama de esta novedad, alborotó á aquella ciudad y esta villa; y temiendo ya por sí el Oidor Muñoz de Cuellar, despidió la compañía de soldados que había de acompañarle, y disfrazado se fué á la imperial villa para no alborotar á los vicuñas con el aparato de la fuerza. Inmediatamente de posesionarse del mando, dispuso que al Corregidor, que se veía muy malo y cercado de enemigos, se le trasladase al local de las Cajas Reales; y habiéndose encontrado fijados en las esquinas pasquines en que, ridiculizándole, se le amenazaba, reforzó las guardias y tomó otras disposiciones para seguridad de las autoridades.

Los vicuñas, de quienes se acababan de separar los andaluces por haber reñido con criollos y extremeños, reunieron sus gentes, y en número de 200 bien armados se dirigieron á Chaquilla con el propósito de asaltar una noche á Potosí, de lo cual desistieron por el pronto y se contentaron con enviar á la villa á los mismos que hirieron al general, á fin de desazonar al Oidor ó al Garnacha, segun le apellidaban. Temeroso éste, aún despues de pasados los apuros en que se vió hasta que aquellos osados vicuñas se retiraron, mandó que se alistasen formando compañías por barrios todos los vecinos de la villa y los indios de los suburbios, armándose por consecuencia 4.000 españoles para defenderla y 8.000 naturales para guardar los campos y las entradas del poblado; y para interesar á los alistados les señaló 30 pesos al mes, haciendo para el efecto uso de la plata de la Real Hacienda. Entraron además en la villa para defenderla 600 soldados que los corregidores de Cochabamba, Paria, Oruro y Chayanta enviaron á instancias de la Audiencia de la Plata, y 100 hombres que en auxilio de D. Felipe reunió por su cuenta en Chuquisaca el capitán Oyaynume.

Atentos los vicuñas al desarrollo de tanto aparato, reuniéronse para resolver lo que más les convenía, y acordaron invadir á Chuquisaca por contar menos fuerzas que Potosí, é introducirse al mismo tiempo 50 de ellos en la villa para promover un escándalo. Esto lo ejecutaron desde luego, consiguiendo en el combate que aquella tenebrosa noche sostuvieron herir al Veinticuatro Pedro Berasátegui, que desde la Plata había ido á visitar al enfermo Corregidor, y matar algunos soldados de la guardia de las Cajas



Reales. Ejecutado este golpe de osadía, burlando 30 vicuñas la vigilancia del general Moncada, penetraron en la ciudad de la Plata, cuyos vecinos, llenos de confusión ante tal arrojó, apenas supieron defenderse; mas los invasores se retiraron después de haber cometido algunos atropellos en gente vizcaina.

Cansada ya la Audiencia de la Plata de la constante perturbación en que al país tenían los inquietos vicuñas, prometió premios á todo el que mata-se alguno de estos, y ellos, por vengarse, hasta lo verificaron en mujeres que dependían de los vascongados. El Virey á su vez envió provisiones, condenando á los que hicieron el estrago en la casa del corregidor Manrique, y llamando á Lima al contador Alonso Martínez Pastrana, que se contaba entre los principales agitadores. Pero los vicuñas en tanto, ni manifestaban intimidarles aquellos mandatos, ni cesaban de invadir la villa por la noche para mover alborotos. Raro era el día también que no hubiera entradas en la población ó sangrientos combates en sus alrededores, terminados los cuales retirábanse los vicuñas á Ulli para refrescarse.

En uno de estos descansos penetraron en la población algunos de ellos con su capitán el criollo Francisco Castillo, y sorprendidos en casa de una mujer de la plazuela del Rayo, fueron presos por el maestro de campo Juan Romero en uno de los últimos días de Diciembre de este año 1623, después de un rudo choque en que todos los vicuñas salieron heridos. A pesar de estarlo Castillo, trataron las autoridades de matarlo en seguida, y contenidas por las constantes amenazas de los que en Ulli y otros pueblos estaban destacados, dieron tiempo á que Castillo se curase; mas salieron burlados, porque proveído éste de cuchillos en su misma prisión, atropelló á los centinelas y conquistó su libertad.

Con esto empezó el año 1624, y los vicuñas, que por faltarles Pastrana, y durante la prisión de Castillo, habían adelantado poco por falta de dirección, amenazaron otra vez el poder del Corregidor, que miedoso desde que un soldado estuvo á punto de quitarle la vida, empezó á transigir y á inclinar hacia los vicuñas el favor que hasta allí había concedido á los vascongados.

De esta transacción sobrevinieron las paces que, rotas á poco, hicieron víctima del rompimiento al general Moncada, y demostraron que la antigua saña no estaba extinguida en la sangrienta batalla de que el campo de San Martín fué teatro. Tan horroroso fué este suceso, que una orden Real dispuso la completa destrucción de los vicuñas; cosa no tan fácil de ejecutar, porque decididos éstos á la defensa á todo trance, juraron morir antes que humillarse, y declarando la guerra á todo el Perú, si era preciso, estrechaban sus filas en los momentos en que el

autor de la *disputa y diferencia entre el castellano de Búrgos y el vascongado* terminaba su manuscrito.

Algun tiempo después de lo que acaba de referirse, se desposó el general D. Felipe Manrique y se dispuso á dejar la villa de Potosí, donde tantos sinsabores había sufrido; y queriendo dejarla un buen recuerdo, trató de hacer paces definitivas entre vicuñas y vascongados, á lo cual se opusieron algunos, moviendo para evitarlo nuevos alborotos. Pero si entonces no pudo conseguirse este bien, se disfrutó al marcharse D. Felipe á Lima llevándose muchos vascongados dueños de ingenios, que para ausentarse los vendieron, á aquellos que eran azogueros y por su riqueza tenían gran influencia, y á los que desempeñaban oficios y tenían mando por el Rey. Con esto y castigando á los pobres alborotadores de oficio y concediendo un perdón Real, por el cual se hicieron grandes fiestas, acabaron después de cerca de un siglo las inquietudes en la villa y las insolencias en los campos, que constituyeron aquellas memorables guerras.

Z...

## LOS MOVIMIENTOS DE LA TIERRA Y EL MILAGRO DE JOSUÉ.

Varios de mis lectores de estos últimos tiempos me han suplicado que explique el milagro de Josué bajo el punto de vista de la ciencia moderna. Accedo á esta petición, y someto estas explicaciones con toda humildad al examen de los maestros, dispuesto á retractarme de ellas si parecen demasiado humanas.

«Entonces Josué habló al Señor... y dijo: Sol, no avances hacia Gabaon; luna, no avances hacia el valle de Ajalon. Y el sol y la luna se detuvieron hasta que la nación fué vengada de sus enemigos. ¿No está así escrito en el libro de los Justos?... Porque el sol se detuvo en su carrera. Obedeciendo el Señor la voz de un hombre y combatiendo por Israel, no hubo ni antes ni después un día tan largo.» (*Josué*, cap. x, vers. 12 y siguientes.)

Este hecho, á la vez histórico y milagroso, referido con tanta sencillez en algunas líneas, es evidentemente que al mandato de Josué y después que el ilustre jefe de los israelitas hubo invocado al Señor, el sol y la luna se detuvieron de repente en el cielo y dejaron de descender en el horizonte, uno en dirección de Gabaon y la otra en dirección al valle de Ajalon. Tratábase de prolongar la duración del día, de detener la aproximación de la noche, que hubiera impedido la persecución de los enemigos de Israel.

La detención un día entero del sol y de la luna se explica perfectamente admitiendo que al mandato de Josué la tierra cesó durante veinticuatro horas de dar vuelta alrededor de su eje, suspendiendo su movimiento de rotación, pero sin dejar de seguir recorriendo la órbita que describe alrededor del

sol. Trátase, pues, simplemente de la suspensión del movimiento de rotación de la tierra, sin que las posiciones absolutas ó relativas de los cuerpos celestes que dependen esencialmente de la sucesión de los años, ó de los movimientos en las órbitas, hubiesen sido modificadas en manera alguna. Admitimos, pues, que al mandato de Josué: *Párate sol*, el sol se detuvo durante un tiempo que parece haber sido un día entero, y que la luna hizo lo mismo, al ménos en cuanto á su movimiento aparente, que cesó durante veinticuatro horas; pero en realidad el mandato de Josué se dirigía á la tierra, á la cual ordenaba que cesara en su rotación durante veinticuatro horas. Hablando como habló, ¿Josué cometió un contrasentido ó un error? ¿Creía que la tierra no daba vueltas sobre su eje, sino el sol el que hacía alrededor de ella su revolución diurna?

Con gran sentimiento nuestro, la mayor parte de los apologistas de la revelación y de los intérpretes de los libros sagrados están dispuestos á admitir esa creencia. Y en este punto repiten con el abate Glaire:

«En la Biblia los objetos que se relacionan con las ciencias físicas están siempre expresados en el lenguaje consagrado por el vulgo y segun lo que parece á nuestros sentidos. Asi sucede con relacion al sol. Pareciendo que este astro se mueve sobre nuestras cabezas y la tierra se halla fija bajo nuestras plantas, la Biblia le compara á un esposo que sale de la cama nupcial, á un gigante que se lanza á recorrer su carrera; le representa levantándose y poniéndose y volviendo al sitio de donde partió; mientras pinta á la tierra inmóvil y descansando *sobre cimientos, sobre bases, sobre columnas...*»

Francisco Arago, discutiendo esta misma objeción, había hecho ménos concesiones. Dice, en efecto, en su *Astronomía popular*: «Josué, se pretendía en tiempos de ignorancia, no hubiera mandado al sol que se detuviera si este astro no se moviera! Razonando de la misma manera, se podría afirmar que los astrónomos de hoy no creen en el movimiento de la tierra, puesto que dicen generalmente y sin excepcion: «El sol sale; el sol pasa por el meridiano; el sol se pone.»

«Podríase añadir que lo que dicen del sol todos los astrónomos lo dicen de los planetas, de los cometas, de las estrellas, de las nebulosas, de todos los cuerpos celestes.»

Tenemos, pues, el derecho de afirmar que al decir: *el sol se paró*, la Sagrada Escritura no ha confirmado el error de la inmovilidad de la tierra y de la movilidad del sol. Habla el único lenguaje posible, la lengua del pueblo y de los sabios á la vez. «Si, añade Arago, Josué hubiera exclamado: *Tierra, párate*, no solamente no le hubieran comprendido los soldados de su ejército, sino que se habría expresado en un lenguaje imposible y anticientífico.»

Nadie todavía ha invocado al tratar esta cuestion, y es lástima que así sea, la ley del movimiento relativo, la más fundamental, ó, por lo ménos, una de las más fundamentales de la mecánica, puesto que de ella se deducen todas las demas. No tenemos ninguna sensacion, ningun sentimiento, ninguna conciencia del movimiento ó de los movimientos, rotación ó traslación, del sistema á que pertenecemos y del cual formamos parte. Relacionamos fatal y necesariamente los movimientos que experimentamos con los cuerpos situados fuera de nuestro sistema. Los ferro-carriles, si estuviésemos más atentos y razonáramos mejor los hechos que suce-

den alrededor de nosotros, nos harían familiares los fenómenos y las leyes del movimiento relativo que nos ponen sin cesar ante nuestra vista. Cuando un tren pasa al lado en sentido contrario al que nos conduce y con la misma velocidad, tenemos insensiblemente la sensacion de doble velocidad; cuando el tren que encontramos marcha en el mismo sentido que el nuestro y con la misma velocidad, tenemos necesariamente la sensacion de una inmovilidad absoluta; y cuando, por último, otro tren marcha en el mismo sentido que el nuestro, pero con mayor velocidad, experimentamos infaliblemente la sensacion del retroceso.

Esta ley del movimiento relativo forma de alguna manera parte esencial de nuestro ser y la experimentamos pasiva y científicamente, puesto que es una ley de la mecánica general. Aunque Josué hubiera sabido de un modo cierto que la tierra giraba sobre su eje y en el espacio alrededor del sol; aunque hubiese visto como Francisco Arago y como yo á la tierra girar sobre si misma en la lente del giroscopio de Leon Foucault, no habría dejado de atribuir al sol el movimiento diurno de la tierra; y queriendo hacerle cesar en interes del ejército que mandaba, para que éste pudiese alcanzar y perseguir á sus enemigos, se habría siempre referido al sol, como todos los sabios del siglo XIX lo hacen hoy en la expresion de los fenómenos que produce el movimiento diurno. Hay más: el lenguaje de Josué es tan natural y científico, que la ciencia más atrevida no osaría buscar ni podría inventar otro, de modo que se vería obligada de buen ó de mal grado á hablar el mismo hasta la consumacion de los siglos. Hé aquí á Josué y á la Sagrada Escritura noblemente vengados.

Pero entremos más en el fondo de esta grave cuestion. Comprende tres fenómenos: 1.º, la redondez de la tierra; 2.º, la rotación de la tierra alrededor de su eje; 3.º, la traslación de la tierra en su órbita alrededor del sol. No tenemos la pretension de afirmar y demostrar que la Sagrada Biblia enseña y enuncia estos fenómenos; pero sostenemos y queremos probar no sólo que no los niegan los libros sagrados, sino que más bien los afirman.

Job ha dicho muy claramente refiriéndose á Dios: «Suspendió la tierra sobre la nada.» (Cap. xxvi, v. 7.) «¿Y tú, cogiendo la tierra por sus extremidades (por sus polos) la sacudiste violentamente para quitar los impios de su superficie?» (Cap. xxxviii, v. 13.) Estos dos textos figuran admirablemente un globo suspendido en el espacio. Cuando yo encuentro en la Biblia expresiones tan formales como estas: «Todavía no había dado á la tierra sus goznes.» (*Prov.*, cap. viii, v. 25.) «Quien toma en sus tres dedos la masa de la tierra y la coloca en una balanza para pesarla.» (Isaías, cap. xi, v. 12.) «Quien se sentó sobre la redondez (el globo) de la tierra.» (v. 22.) «Quien creó la tierra y le dió su forma redondeándola» (Cap. xlv, v. 18), etc., etc.; no dudo en decir que la redondez de la tierra está más bien afirmada que negada en los libros santos, y que los términos en que hablan del sol, de la luna y de las estrellas afirman igualmente los movimientos de rotación y de traslación de los cuerpos celestes, y por consiguiente de la tierra.

¿Quién más elocuente intérprete de la Santa Biblia, y de la tradicion de su tiempo, que Rafael, muerto en 1502, ciento veintidos años ántes que Galileo? Pues en sus inmortales frescos del Vaticano, Rafael siempre pintó la tierra ó el mundo como un

globo redondo que la creación bendice y fecunda. En su admirable pintura del descanso del último día, el gran artista representa el Padre Eterno sentado en su trono, con los pies colocados sobre un pequeño globo que representa la tierra. Es la expresión pintoresca de la gran palabra de Isaías: «Se sentó sobre la redondez de la tierra.»

La redondez de la tierra supone ó envuelve su movimiento ó sus movimientos. Un globo está naturalmente llamado á girar y á rodar. La redondez y la rotación eran, pues, familiares á Rafael, y Galileo no las inventó.

Por otra parte, el genio de Rafael que pinta la tierra redonda, pinta también sus dos grandes luminarias, el sol y la luna, como cuerpos redondos que el Padre eterno lanza en el espacio. Hé aquí, propiamente hablando, la tradición cristiana antes de que fuese oscurecida por los sofismas de los peripatéticos.

Volvamos á Josué y á su relato. Se le hacen dos objeciones en apariencia muy graves: la primera, sacada de las leyes de la mecánica; la segunda, de los anales de la historia. «¿Cómo, si se detuvo súbitamente el movimiento de rotación de la tierra alrededor de su eje, no fueron arrojados violentamente en el espacio, en virtud de la velocidad adquirida, todos los objetos colocados en la superficie de la tierra?» La objeción es cándida, y confieso que cuando la oí por primera vez hace 50 años en boca de un joven profesor de matemáticas, que después ha llegado á ser célebre, M. Sturm, no pude menos de reirme. Conceder á Dios el poder de extinguir en un instante la cantidad enorme de movimiento de la tierra y negarle el poder de extinguir en los cuerpos colocados en su superficie la velocidad adquirida, ó mantenerlos en su lugar, es una contradicción flagrante y ridícula. El que detiene una mesa en movimiento, puede con mayor razón mantener en su lugar el candelero que está encima. Los geómetras están obligados, para dar una base á sus teorías, á concebir que la potencia creadora ha podido imprimir á los cuerpos celestes un movimiento tangencial considerable. Para dar, en efecto, la explicación de las leyes de Keplero, suponen que el cuerpo atraído, viniendo al infinito por la acción del cuerpo que atrae, llega á cierta distancia del centro de atracción, y animado de cierta velocidad adquirida, recibe entonces una impulsión lateral; así, pues, establecen que, según que la velocidad impresa en esta impulsión, comparada con la velocidad adquirida, es mayor, más pequeña ó la mitad, y en una dirección normal, la órbita recorrida por el cuerpo atraído es una elipse, una hipérbola, una parábola ó un círculo. Evidentemente esta impulsión lateral no puede dársela á sí mismo el cuerpo atraído, ni tampoco recibirla del cuerpo que atrae; debe, pues, proceder de fuera, y los geómetras tienen que concebir además que esta combinación ó esta lucha de dos velocidades ó impulsiones, central y lateral, se verifica sin desagregación y sin proyección de fragmentos del cuerpo atraído, absolutamente como en la detención de la tierra por orden de Josué. Se ve que la ciencia tiene sus misterios como la revelación.

En cuanto á la segunda objeción, «al efecto que un acontecimiento tan extraordinario como un día de veinticuatro horas, hubiera debido producir en el mundo entero, y al profundo recuerdo que habría dejado por todas partes,» haremos observar: 1.º, que, como hemos probado, esta prolongación

del día por la detención del movimiento de rotación de la tierra se hizo sin las perturbaciones y trastornos que suponen los adversarios de la revelación; 2.º, que los antiguos escritores profanos, de los cuales han quedado obras enteras ó simples fragmentos, son de varios siglos posteriores á Josué; 3.º, que en el caso de que el hecho hubiese entrado más tarde en la historia, ha podido ser desfigurado y envuelto en ficciones fabulosas que nos hacen no poder reconocerle; 4.º, que las excavaciones asirias no están todavía bastante adelantadas, y que los monumentos egipcios no han sido todavía bastante interrogados para que se pueda asegurar que no sucederá con el milagro de Josué lo que con el Diluvio, cuyo relato casi entero ha encontrado Mr. Jorge Schmidt en inscripciones cuneiformes; y 5.º, que la tradición no ha permanecido completamente extraña á este hecho milagroso. Citemos en primer lugar al historiador Josefo:

«Nunca se ha conocido tan claramente como en este combate que Dios asistía á su pueblo, porque, además de la tormenta, los rayos y una lluvia extraordinaria de piedras, se vió por un prodigio extraño prolongarse el día, contra el orden de la naturaleza, para impedir que las tinieblas de la noche quitasen á los hebreos una parte de su victoria. El aumento que tuvo este día se ve por lo que está escrito en los libros sagrados que se han conservado en el templo.»

Es una circunstancia notable que, para dar á su testimonio mayor autoridad, Josefo se refiere á los archivos del templo, donde se conservaba el libro de los Justos, el *Jusohar*. Este mismo libro es señalado por los historiadores antiguos como una de las memorias originales. Theodoro, en su *Comentario sobre Josué*, y Procopio en su *Historia secreta*, parecen indicar que esta Memoria existía todavía en su tiempo. Citemos, por último, el recuerdo curioso de las tradiciones que los mahometanos habían recibido sin duda de los antiguos árabes:

«Josehova libró batalla á los gigantes un viernes por la tarde. La noche se aproximaba, y Josehova no quería combatir el sábado. Imploró el tiempo necesario para concluir la lucha y exterminar al enemigo; fué escuchado, y por lo tanto el sol permaneció sobre el horizonte hora y media más que de ordinario.» (Turük Montekeb, citado por Herbelot, Diccionario turco, en la palabra *Josehova*.)

Extrañaráse quizá que para explicar más fácilmente el milagro de Josué, yo no haya recurrido á las combinaciones que algunos casi sabios han soñado. ¿No es posible que dejando al sol y á la luna proseguir su carrera diurna y regular, Dios los haya cubierto con un velo que los hiciese invisibles, al mismo tiempo que hacía brillar en su lugar un sol y una luna accidentales, ó al menos las apariencias luminosas de estos dos astros? En mi íntimo pensamiento, estos escamoteos son indignos de Dios, y no dejarían de constituir también un milagro; así, pues, milagro por milagro, prefiero infinitamente el milagro sencillo y grandioso del sol y de la luna deteniéndose en apariencia en su carrera, es decir, de la tierra cesando momentáneamente de girar sobre su eje. Esta es la interpretación natural de las célebres palabras de Josué, y sería temerario separarse de ella.

Bien considerado todo, los milagros de Josué y de Isaías, el sol y la luna inmóviles en el espacio, y la aguja retrogradando sobre el cuadrante de Achab, pueden explicarse humana y antropológicamente

(esta es la palabra inventada por los enemigos de la revelacion y que no es ofensiva para Dios sino en su imaginacion) por la detencion ó el trastorno del movimiento de rotacion de la tierra alrededor de su eje.

Algunos sabios, para dar más fuerza á la objecion y confirmar la pretendida imposibilidad del hecho milagroso, fingen confundir la detencion del movimiento de rotacion de la tierra con la detencion de su movimiento de traslacion sobre su órbita alrededor del sol.

Esta velocidad de traslacion (30,4 kilómetros por segundo) es muy grande relativamente á la velocidad de rotacion (0,345 kilómetros). En virtud de la primera, la cantidad de movimiento de que la tierra está animada y su fuerza viva son tan enormes, que si, por una detencion súbita, ese movimiento de masa se convirtiera en movimiento molecular ó atómico, es decir, en calor, este calor seria bastante grande probablemente para fundir su masa entera, reducirla á vapor y disiparla en el espacio. Podemos concebir razonablemente que Dios, que ha creado la tierra y la ha lanzado en el espacio por un acto de su omnipotente voluntad, pudo animar simultáneamente cada molécula ó cada átomo de un movimiento igual, pero en sentido contrario al que resultaria para ese átomo ó molécula de la extincion instantánea del movimiento de traslacion de la tierra, y por este medio impedir el desprendimiento de calor molecular ó atómico, conjurando las terribles consecuencias de la detencion súbita del globo terrestre sobre su órbita: la objecion quedaria así deshecha.

Además, si por la aplicacion de frenos mecánicos, el freno de aire, por ejemplo, ó por la sola compresion del aire en el seno de un espacio cerrado, nuestros ingenieros han podido extinguir sin peligro la enorme cantidad de movimiento de un tren lanzado á toda velocidad, ¿cómo habia de ser imposible á Dios extinguir por mil medios, en su infinito poder, la velocidad de la tierra y hacerla insensible hasta á la detencion súbita de su movimiento de traslacion? Nada hay, por otra parte, que exija que esta detencion haya sido instantánea; se puede concebir que la extincion se haya verificado sucesivamente en un tiempo bastante corto.

Pero, lo repetimos: en los dos milagros de las Sagradas Escrituras no se trata del movimiento de traslacion de la masa entera de la tierra, de la ex-

tincion de su cantidad de movimiento ó de su fuerza viva, sino de suspender su movimiento de rotacion sobre su eje, y anular el efecto de la fuerza centrifuga, fuerza que en el Ecuador, ó en su máximun de intensidad, se expresa por la pequeña fraccion de  $0^m,00346$ , es decir, que haria recorrer á un móvil que formase parte de la superficie de la tierra un poco más de tres centímetros por segundo. Esta tendencia al movimiento que se ejerceria si la tierra cesase súbitamente de girar, es, pues, relativamente pequeña; y concibiéndose que cada objeto en la superficie de la tierra esté animado de una tendencia igual en sentido contrario, el equilibrio se mantendria asegurando la inmovilidad.

Pero me avergüenzo de discutir bajo un punto de vista humano la omnipotencia del que con una palabra todo lo ha hecho y todo lo ha creado. Cuando se trata de Dios, hablar más ó menos de pequeño y de grande es una blasfemia. Y la comparacion del modo de accion de Dios con el modo de accion del hombre, es tan contrasentido como la comparacion del sér contingente y limitado del hombre con el sér necesario é infinito de Dios. No tenemos el sentimiento de esta gran verdad revelada por San Pablo: *In ipso vivimus, movemur et sumus*: Somos en él, vivimos en él, nos movemos en él. El movimiento, que es para nosotros algo á la vez relativo y absoluto, no existe para Dios. Se hace en él y para él; ¿cómo no ha de ser el moderador absoluto? Todas las energías actuales, virtuales, potenciales del mundo material, no son más que manifestaciones de la energia infinita del Sér necesario. El gran principio de la conservacion de la energia, del cual está tan orgullosa la ciencia moderna, pero del que no posee el secreto, tiene su razon de ser en Dios, primer motor, principio á la vez del sér, del movimiento y de la vida. Millares de séres y de mundos pueden salir de la nada ó entrar en la nada sin alterar el dogma de la conservacion de la energia; porque, despues de la creacion, no hay más ni menos energia que ántes de la creacion; lo que hay son más séres participando de la energia. Pero acabo de levantar una punta del velo que nos oculta la majestad infinita de Dios, y me siento anonadado por su gloria: *Qui scrutatur majestatem opprimetur á gloria*. Me callo, pues, y adoro.

F. MOIGNO.

(*Les Mondes.*)

FIN DEL TOMO SÉTIMO.